



DAMASCO.—Cementerio musulman.

bre. Este peso, oprimiendo el cuerpo hacía abajo, y tirando los verdugos hacía arriba de piés y manos, daba por resultado el más terrible suplicio, dislocando, rompiendo y destrozando todos los huesos del mártir. Hubo muchos á quienes les metieron, como á los de Arima, las piernas entre dos maderos, sobre los cuales se subían los verdugos, y daban saltos para hacerles sentir la pesadez de sus cuerpos. Notóse que despues de este tormento se tenían de pié y andaban como antes, lo cual se tuvo por un milagro. Pero les hicieron sufrir otro tormento que les fué muy amargo, el cual fué imprimirles en la frente la señal de la cruz con un hierro ardiente, cuyo signo sagrado recibieron como un carácter honroso y como prueba preciosa de su salvacion.

«El último de los tormentos á que les sujetaron fué el más cruel; pues les cortaron sucesivamente los dedos de los piés y de las manos, y luego les obligaron á subir muchas gradas hechas expresamente, sin que pudiesen verificarlo á pesar de obligarles á golpes cuantas veces caían. De suerte que muchos murieron, cortándoles la cabeza á diez y dejando sólo algunos con vida para intimidar á los demás cristianos y aumentar su martirio.»

DAMASCO.

VIII.

LOS CEMENTERIOS.

§ 1.—*Los cementerios musulmanes.*



En el cuadro de las fiestas del Ramadan hay que añadir un detalle, que no carece de importancia, respecto á las mujeres musulmanas.

Ha podido observarse que todavía no se ha hecho mencion de ellas. La mujer es harto poca cosa, á los ojos del islamismo, para que se le abra la puerta de

las mezquitas y pueda asociarse á la oracion comun. ¿Qué le queda, pues, en los dias de fiesta? Una sola cosa: la visita de los cementerios. Y aún cabe dudar si esta visita, tal como se practica, es verdaderamente para la mujer un acto religioso.

Durante la fiesta del Ramadan todos los dias por la tarde se ven innumerables grupos de mujeres musulmanas, velado el rostro con un pañuelo de color y el cuerpo envuelto en el *izar* (especie de sábana blanca sin el cual ninguna mujer, aunque sea cristiana, puede parecer en público), dirigirse á los cementerios de la ciudad.

Las musulmanas de condicion obtienen de sus maridos que hagan levantar en las tumbas que visitan un pabellon redondo y de varios colores, representando la parte superior de una tienda. En cada cementerio se ven centenares de tales pabellones, á cuya sombra se reúnen diez, doce, quince mujeres, sentadas en taburetes ó en los rebordes de los mismos sepulcros. Y ¿qué hacen allí? ¿Ruegan en comun por sus muertos? No; sostienen animada conversacion, como pudieran hacerlo en su casa ó en un lugar de paseo. Tampoco se ocupan al parecer de sus parientes difuntos, pues nada indica en ellas la tristeza y el luto. ¿Qué parte les toca, pues, á los difuntos cuyas cenizas huellan? Héla aquí:

Antes de entrar en el cementerio la madre de familia se ha procurado ramilletes de mirto, una palma ó una rama de ciprés. Al llegar á la tumba de sus parientes planta estos ramos en un hoyo circular practicado al efecto en el extremo de cada sepulcro, y luego los riega abundantemente, bien persuadida de que este riego es más útil al alma del difunto que á los mismos ramos.

Finalmente, llena de agua un segundo hueco que afecta la forma de un vaso, despues de lo cual considera que ha cumplido con todas sus obligaciones para con los muertos.

Se me asegura que es persuasion comun entre los musulmanes, que el alma del difunto se complace en vol-
tear y recrearse cerca de esas ramas y de esa agua. Esta creencia es causa de que las mujeres musulmanas se hagan una ley de renovar todos los viernes el agua y las ramas de verdor. Así se explica por qué muchos sepulcros están rodeados y cubiertos de esteras formando una especie de casita, la que sirve de abrigo contra la lluvia y el sol á las mujeres que van á hacer las visitas del viernes.

Los jeques ó sacerdotes musulmanes no dejan de explotar esta devocion, más ó menos material, de las mujeres de su secta. Son exactos en presentarse á los cementerios á la hora oportuna, y en señalar su presencia por las exclamaciones que les son familiares: *Ja Mujud! Ja Karime!* (¡Oh tú que existes! ¡oh generosa!) etc. Las mujeres presentes llaman al jeque más próximo y le ofrecen una módica limosna para que consienta en leer, en honor de sus muertos, algunos versículos del Coran. Sucede á veces que quieren saber de boca del jeque si el alma de su padre, esposo ó hijo está contenta. El jeque no vacila en contestar, y su respuesta es siempre favorable.

Las ramas de mirto ó de ciprés con que se adornan los sepulcros, son objeto de un comercio bastante lucrativo, no sólo para los labriegos que los traen del campo, si que tambien para los guardianes del cementerio. Estos últimos hacen su ronda nocturna, y quitan de cada tumba algunas ramas medio marchitas, que reverdecen teniéndolas algunos dias en agua, y que despues vuelven á vender á precio módico.

He advertido en Damasco el cuidado que ponen los musulmanes en conservar la especie de túmulo elevado sobre la sepultura de cada uno de sus muertos. Este monumento, si así quiere llamársele, se compone: 1.º de un paralelógramo de piedra que le sirve de base: 2.º de un repecho, compuesto de piedras cubiertas con una capa de tierra mezclada con ceniza. Así que la lluvia, el sol ú otra causa cualquiera arruina el túmulo, apresúranse á repararlo, y esto no sólo por respeto al muerto, si que tambien á fin de conservar la propiedad del sepulcro, pues en caso contrario puede recibir otro difunto.

Adjunta va la vista del principal cementerio musulman de Damasco, sito al Mediodía de la ciudad, cerca del populoso arrabal conocido con el nombre de Midan de Damasco.

§ 2.—Los cementerios cristianos.

I.—Hay en Damasco tres cementerios cristianos: uno para los griegos cismáticos, que es el más próximo á la ciudad; otro para los protestantes, que es el más distante, y el tercero, llamado Tallet, cerca del precedente, que es comun á los católicos latinos, griegos, maronitas, siríacos y armenios, y á los cismáticos jacobitas y armenios. Un sacerdote siríaco católico á quien manifesté mi sorpresa por una mezcla tan poco canónica, se contentó con decirme: «Tal es la costumbre.»

Añadamos, sin embargo, que los latinos se preparan un cementerio particular, cercado de paredes y cerrado

con llave. Este buen ejemplo no tardará en ser imitado por los griegos católicos, y aún puede esperarse que cada rito, movido por la emulacion, querrá tener su cementerio distinto y cerrado.

Ningun cementerio, excepto el de los protestantes, tiene la ventaja de estar cercado y al abrigo de las visitas diurnas y nocturnas de los perros y otros animales que á veces violan la santidad del sepulcro. Este último detalle no extrañará á quien conozca la manera de sepultar los muertos en el cementerio comun. El sistema es como sigue:

Cada familia principal posee una huesa más ó menos grande, cuya parte superior apenas excede el nivel del suelo, y está generalmente cubierta con una capa de cal, que es el único adorno concedido á este monumento fúnebre.

El modo de introducir los cadáveres en la huesa es de los más sencillos. Existe en su parte anterior una abertura practicada bastante bajo para que pueda ser cerrada por medio de una losa y cierta cantidad de tierra que la sostenga. Para enterrar un muerto se retira la tierra, apártase la losa, y un sepulturero penetra en la bóveda y coloca el ataúd en el punto más distante posible de la entrada.

Fácilmente adivinará cualquiera los inconvenientes de este sistema de sepultura cuando hay que abrir la bóveda poco despues de un primer enterramiento. Añádase á esto que la negligencia ó pobreza de ciertas familias deja arruinar más ó menos la parte visible de la bóveda. De ahí que los lagartos pongan en descubierto el interior de la tumba, de la que se desprenden pestíferos miasmas. El Gobierno no se ocupa de tan poca cosa, y no le da ningun cuidado el peligro que puede resultar para la higiene pública.

Justo es advertir que la sepultura de los armenios y la de los griegos cismáticos no ofrece tales inconvenientes. Los primeros practican la inhumacion acostumbrada en Europa, y si los otros tienen algunas bóvedas, están enteramente bajo tierra, generalmente adornadas con losas sepulcrales de mármol blanco, cargadas de epitafios en verso árabe.

En el cementerio comun he encontrado los osarios de los antiguos misioneros Jesuitas. Tiene la cifra de la Compañía, menos la cruz de encima la letra H. Este signo de nuestra santa religion fué mutilado por el fanatismo musulman. Tampoco existe la menor inscripcion que revele los nombres de los misioneros que allí aguardan la hora de la resurreccion.

II.—El sábado que precede inmediatamente á nuestro domingo de Sexagésima, se le designa en Damasco con el nombre de *Sabt-el-mauta* (sábado de los muertos). En el rito maronita la semana que cierra el Carnaval, esto es la de Sexagésima, se la llama «semana de los muertos.» Es la época en que las familias piadosas hacen celebrar más misas para sus miembros difuntos.

Pero lo particular del *Sabt-el-mauta* es la visita que las mujeres no descuidan hacer al cementerio en tal día. Las parientas y vecinas se reunen y van á él en grupos. Cada una de las visitantes se dirige al sepulcro de familia, y da libre curso á su dolor, que se desahoga en agudos gritos, lamentos, cantos fúnebres y elocuentes apóstrofes.

Cuanto más reciente es el luto, más viva tiene que ser la expresión del dolor. Las mujeres ricas que han perdido durante el año á alguno de sus allegados, no podrían pasarse, en la ceremonia de este día, de un cortejo de lloronas asalariadas. A estas plañideras, que recuerdan las de los antiguos romanos, se les da el nombre de *Naddabat* ó *Nauadeb*, que deriva del verbo *nadad*, llorar á un muerto ó recitar una elegía en su honor. El papel de esas Naddabatas menos consiste en simular lágrimas y lanzar desgarradores gritos que en cantar ciertas poesías elegíacas en las que se procura introducir el nombre del difunto ó difunta que se quiere honrar. No he podido aún estudiar estos cantos fúnebres; pero me inclino á creer que en el fondo no difieren de los que se acostumbran en los montes del Líbano. Estos últimos son enteramente profanos, y lo mismo sirven para los drusos y musulmanes que para los cristianos. Así tal obispo maronita, que pudiera nombrar, ha prohibido severamente su uso en los funerales de sus diocesanos.

La visita á los sepulcros tiene, no obstante, su lado religioso. Está admitido que algunos sacerdotes sigan á las mujeres al cementerio, y se pongan á la disposición de las que desean oraciones para sus difuntos.

Es de rigor que las mujeres, á la muerte de uno de sus allegados, vayan algunos sábados seguidos á llorar ante su tumba. Las hay que cumplen este deber durante veinte semanas. Pero, como indiqué ya, todo se reduce á gritos, sollozos y apóstrofes más ó menos enérgicos dirigidos á la persona difunta.

§ 3. — Los cementerios judíos. — Funerales.

I. — La costumbre de los judíos respecto á la inhumación de sus muertos es conforme al uso generalmente admitido en Europa. Empero el respeto les impide abrir un sepulcro para enterrar otro muerto. Esta es la causa de que se advierta en el cementerio de los judíos gran multitud de tumbas, cubierta cada una con una losa. No tiene ningún monumento que llame la atención. El sepulcro del rico se distingue únicamente por una losa de mármol blanco, de 1 metro de alto, de 60 á 70 centímetros de grueso y de 1 metro 40 ó 50 centímetros de largo. Sólo tiene pulida la cara superior, y presenta cinco ó seis líneas de caracteres hebraicos, grabados en el sentido de la longitud. Es de admirar la pureza y elegancia de tales caracteres.

El cementerio de los judíos, como el de los cristianos, tampoco tiene pared de cerca.

Una costumbre propia de los judíos es la visita semanal que hacen las mujeres á los difuntos de su nación; siendo el lunes el día destinado para eso.

Los judíos van al cementerio con el Khakham ó rabino de su barrio. Momentos antes de llegar á la morada de los muertos la procesion prorrumpe en desgarradores lamentos, que arrancarian lágrimas á los transeúntes si no supiesen cuánto hay de ficticio en semejante manifestación. Una vez en el cementerio las mujeres se agrupan al rededor del Khakham, que lee en alta voz algunos pasajes de la Biblia hebraica. Olvidaba decir que los cantos elegíacos son generalmente en hebreo.

Terminada la lectura la multitud se retira en silencio.

II. — El 31 de Enero de 1873 murió en Damasco el personaje judío conocido con el nombre de Khakham-

bachi, Khakham Harun (el rabino superior, rabino Aaron). Era un anciano más que septuagenario. Desde muchos años habia añadido á su título de gran rabino el de Daijan, que es designación propia del principal doctor de la ley mosaica. Daijan, en árabe significa juez, y se emplea en el lenguaje religioso.

No sé cuál era el valor moral de este ilustre Khakham; lo que parece cierto es que en 1840 fué cómplice en el horrible asesinato de que fué víctima en Damasco el Padre Tomás, misionero capuchino, quedando impune merced á ciertas influencias.

El 2 de Febrero tuvieron lugar los funerales, siendo de notar que los patriarcas y obispos, tanto católicos como cismáticos, recibieron esquila de invitación. Esta no pudo ser tomada en serio. El obispo griego cismático de Damasco, el único que la tomó en cuenta, limitóse á ir á la casa mortuoria y al cementerio como pudiera hacerlo un cristiano laico. Probablemente los demás prelados hicieron una visita de ceremonia á la familia del difunto, para que no pudiera decirse que se despreciaba la invitación.

El órden del cortejo fúnebre es el siguiente:

Una escuadra de veinte *zabtiés* ó agentes de policia.

Una compañía de soldados de línea, con el fusil bajo el brazo.

Diez y seis *cawas* ó jenizaros de los consulados con sus grandes varas de pomo de plata.

Un numeroso grupo de jóvenes judíos con gruesas y largas antorchas. De este grupo se oía una preciosa voz de niño cantando en hebreo, y á la que contestaba todo el coro.

Una gran tabla de plata, en la que hay grabado el decálogo con caracteres hebraicos, y cuyos ángulos estaban sostenidos por cuatro jóvenes.

Un paño fúnebre de terciopelo violeta, adornado con un magnífico ramaje de hilo de oro, y llevado por cuatro israelitas de distincion.

El ataúd era llevado por más de diez personas de la familia sacerdotal de Cohen, á la que pertenecía el difunto. Cada uno de los portantes tenia una mano bajo el féretro, que en señal de honor mantenian tan bajo como les era posible. Sobre el ataúd se veia amontonado todo lo que la familia del Khakham posee de más precioso en materia de chales y telas de seda y oro. Encima de todo habia una segunda tabla de plata, menos grande que la primera, pero igualmente enriquecida con el decálogo en caracteres hebraicos.

Tras el difunto iban tres cónsules, entre los cuales me designaron el griego y el persa. Estos dignatarios iban seguidos de los trujimanes de todos los consulados. A continuacion marchaban los magnates de la nación, y luego una inmensa multitud de judíos de toda edad y condicion. Sólo las mujeres están excluidas de la ceremonia; pero desde el umbral de su puerta, de lo alto de alguna azotea ó tras de una ventana no habrán dejado de ver desfilar el cortejo y repetir la fórmula: *Allah iarbhamo!* (¡que Dios tenga misericordia de él!) acompañada de un grito de dolor y un gesto trágico.

Dirigiéndose al cementerio, que dista media hora de los muros de la ciudad, el cortejo hizo alto en dos antiguos cementerios judíos, hoy completamente abandonados. Allí redoblaron los cantos y declamaron los rabinos

sus oraciones, tomadas, según creo, de los salmos de David.

Por fin llega el Khakham á su última morada: deponen el féretro al borde de la huesa; apártanse las telas preciosas y la tabla de plata que le cubren; sacan el difunto, vestido con su más bello traje, y lo colocan en el fondo de la huesa, que inmediatamente llenan de tierra.

En este instante solemne todos los judíos presentes tienden la mano derecha hacia la tumba, permaneciendo en esta actitud hasta que los rabinos han recitado su última oración. Entonces cada uno retira la mano y la lleva á los labios. Este es el modo con que en Oriente hasta los cristianos toman la bendición de una imagen ó de una santa reliquia. Con este contacto creen venerar el objeto sagrado y ser bendecidos por él. Esta misma acción usan con frecuencia respecto á los sacerdotes que encuentran por la calle. Alargan hacia él la mano derecha; el sacerdote toca el extremo de la mano que se le tiende, y el laico se acerca la mano á los labios y la besa tan respetuosamente como besaría la mano del sacerdote. Atendido esto, me inclino á creer que la acción de extender la mano hacia el muerto es un modo de invocar sobre él la misericordia divina, y el acto de llevar la mano á los labios una manera de reclamar la bendición del difunto y de encomendarse á sus oraciones.

CHINA.

Carta del Rdo. Rougier, lazarista, provicario apostólico del Kiang-si meridional.

E ha conmovido profundamente la generosa solicitud de los fieles en favor de este vi-

cariato, que puede decirse acaba de nacer, y del que tal vez no habeis conocido hasta ahora sino su extrema miseria. Gracias mil á todos los bienhechores que han correspondido á nuestro llamamiento... Gracias de mi parte y de la de todos nuestros pobres inundados, que sufren actualmente los horrores del hambre.

El año último, cuando cayeron las grandes lluvias que causaron la espantosa inundación de la que mis cartas sólo pudieron hacer una débil pintura, el arroz estaba en sazón, y se iba á hacer la cosecha. Mas ahora nos encontramos en que no sólo ésta se perdió completamente, si que además la tierra vegetal de los arrozales ha sido arrastrada, reemplazándola gran cantidad de arena y restos de toda especie, de suerte que la cosecha próxima está no poco comprometida.

Durante todo el año que acaba de terminar hemos podido, gracias á nuestros bienhechores, dar siempre arroz á los que no lo tenían, y continuaremos alimentando á esas infelices gentes hasta la nueva cosecha, esto es la

segunda mitad de Agosto. Luego, según nos lo permita el estado de nuestros recursos, tendremos que auxiliar á los más necesitados á reconstruir sus casas, pues hasta hoy casi no hay habitación alguna en los pueblos arrasados por el ciclón. En Piteuchu, por ejemplo, sólo se han restaurado dos casas: nuestros cristianos se han contentado, durante el invierno, con un miserable cobertizo que les arreglamos á toda prisa.

Las limosnas de la caridad católica nos han permitido también recibir en nuestra casa á los hijos de los inundados. En Ki-ngan-fu, donde resido, tenemos dos escuelas, 28 niños y 15 niñas. Todos son internos, quiero decir que desde hace cerca de un año les hemos proporcionado arroz, vestido, cama, maestro y maestra. Al presente estas dos escuelas marchan muy bien, y sería verdadera lástima tener que despedir á estas criaturas que la divina Providencia nos ha enviado. A más de que los padres no se apresurarán á reclamarnoslos, el desprendernos de ellos sería arrancar los primeros gérmenes

de una obra naciente, que tiene la aprobación de paganos y cristianos. Haremos, pues, en Ki-ngan-fu y en otras partes todo lo que nos será posible para conservar y aún desarrollar esta creación.

Otro fruto de la caridad. En este pobre vicariato, que cuenta muy poco tiempo de existencia, surgen como por encanto numerosos catecúmenos en varios puntos, y particularmente en tres *shiens* (distritos), en donde hasta hoy no había estado un solo misionero.

Verdad es que estos favores del cielo nos han atraído persecuciones: en cuatro distritos á la vez,

y en particular en Pi-ten-chu, gran mercado que más ha sufrido los estragos de la inundación, el furor de los letrados se manifiesta en horribles violencias. Se encierra y mata á nuestros catecúmenos, y demuélnense todas las fundaciones de nuestras capillas así que empezamos á trabajar. Se nos tolera que abramos algunas escuelas, pero de ningún modo que abramos la más pequeña casa que tenga la menor apariencia de capilla. Así es que en todo el vicariato no tenemos sino una capillita algo decente, á cuya construcción presidi yo mismo, pero sin ruido y sin despertar susceptibilidades.

Después de esta capilla, la menos pobre es la que tenemos en Ki-ngan-fu, y con todo no podeis figuraros cuál es su estado: carece de ventanas y no tiene enlosado, sino tierra apisonada: es una construcción semi-derruida y nada más. A pesar de toda mi indulgencia en materia litúrgica, en el último Jueves Santo no creí poder conservar decentemente, ni siquiera por un día, el santísimo Sacramento en lo que no sabríais cómo lla-



ARIZONA.—Desembarcadero en Fuerte-Yuma, en la confluente del Colorado y del Gila. (Pág. 519).

mar y á que se da aquí el nombre de *Tientchutang* (templo del Señor del cielo).

Los letrados se han levantado en masa contra nosotros, y esta conjuración nos ha sorprendido tanto más dolorosamente cuanto estábamos menos preparados para ella. Les es imposible á los europeos figurarse hasta dónde llega el odio verdaderamente diabólico de los letrados de por acá. Y digo los letrados, porque, á Dios gracias, los pobres no tienen animosidad contra nosotros. En muchos puntos, por el contrario, nos esperan, y serían todos cristianos si no temiesen las venganzas retrospectivas de la clase que se dice sabia. ¡Infelices letrados! No quiero ciertamente maldecirles: todos los días pido á Nuestro Señor se digne por fin abrirles los ojos á la luz, y si me atreviese pediría á vuestros piadosos lectores que organizaran también una liga de oraciones en favor de los letrados chinos. Todos los misioneros estamos aquí convencidos de que este inmenso país se convertiría en masa el día en que los letrados dejaran de oponer obstáculos.

Carta del P. H. Joret, de la Compañía de Jesús, misionero del Kiang-nan.

Ngan-King, Agosto de 1882.

DARTÍ de Ngan-King el 28 de Julio por el camino imperial de Pekin, que recorrí en un trayecto de 240 *lys* hasta la subprefectura de Chu-tcheng. No encuentro ni una sola montaña, y en vez de la soledad reina la más curiosa animación. Aquí unos mandarines van á tomar posesión de su cargo, mientras que otros, destituidos ó habiendo cumplido el tiempo de su empleo, regresan á la capital, llevando tras sí largas filas de carretas en las que van amontonados sus equipajes. Allá pasa un convoy de plata escoltado por un mandarin á quien siguen pocos soldados. Tenemos que convenir en que los chinos son honrados: ¡qué tentación para no pocos europeos! He contado hasta diez y ocho carretas cargadas del precioso metal, del que cada una llevaba próximamente doscientas libras. Los viajeros, que eran en gran número, veían circular el rico convoy con la misma indiferencia que carros cargados de papel ó algodón.

Más lejos el correo oficial pasa á todo el trote de su caballo por caminos casi intransitables á causa de las lluvias, llevando en la tradicional bolsa amarilla los despachos del Gobierno. Luego vienen los palafreneros del correo á caballo, que conducen los tiros á la caballeriza.

A 48 *lys* de Chu-tcheng se ofrece un cortejo de nuevo género. Son ocho pesadas jaulas de madera, sostenida cada una por tres hombres, y encerrando ocho criminales destinados á las cárceles de Ngan-King: eran asesinos, incendiarios y ladrones. Los soldados de la escolta

nos dijeron que el paso de tales convoyes por el camino que seguíamos era muy común; y, en efecto, nadie paraba la atención en ello.

A más de 200 *lys* de Ngan-King me crucé con varias carretas cargadas de algodón. No quedé poco sorprendido al saber que venían de Liu-tcheu-fu é iban á Kien-tee, desde donde los corresponsales de la casa de comercio del Norte expedían en seguida el algodón para el interior del Kiang-si. Hé ahí el comercio chino en su primitiva sencillez. De Lui-tcheu-fu á lo-tcheu-fu hay 1,100 *lys*. En tiempo de lluvias cada vehículo apenas anda por término medio 30 *lys* al día, y algunos he visto que apenas hacen más de 8. Cada hombre conduce solamente dos balas de algodón de 90 libras una. Parece imposible que en tales especulaciones vayan á arriesgarse grandes fortunas.

A las cinco de la tarde del quinto día de mi viaje entré en la ciudad de Ho-chan por la puerta del Este. Reinaba allí una animación extraordinaria, que adiviné al ver que por todos los senderos desembocaba en el camino multitud de gente vestida de gala. Los redoblados gritos de mis palanqueros y del palafrenero apenas podían abrir paso á través de la muchedumbre que llenaba la calle mayor de la ciudad. Por desdicha estrechaban más y más el arroyo por ambos lados, grandes caballetes sosteniendo ricos estandartes que los dueños de las tiendas quieren lucir en las fiestas nacionales; y para colmar la medida los estudiantes estaban reunidos en la subprefectura con ocasión de los exámenes.

Mi inesperada presencia produjo cierta sensación. La gente franqueó el paso y vino en pos de mí, engrosando la escolta con los que incesantemente se les unían. Sin embargo, no se oyó ni un grito injurioso, y si alguna vez la famosa palabra *Iang-kuei-tse* (diablo de Europa) llegaba á mis oídos, era sólo dicha de un compañero á otro.

Viendo que mi séquito iba siempre en aumento, preguntábame qué posadero querría recibirme con semejante compañía. Varias veces he tenido tales invasiones á domicilio; y el más fastidiado lo es por cierto el infeliz chino á quien mi visita procura ese exceso de honor. Después de haber cruzado los dos tercios de la ciudad, encontramos, antes de llegar á las primeras tiendas del Oeste, un gran terreno ocupado con las ruinas del antiguo tribunal. Este era el sitio favorable para intentar librarme de mi escolta.

Pongo pié á tierra y hago descansar á mis palanqueros. Todo el mundo me rodea; parece se maravillan al comprenderme, responden á cual mejor á las preguntas que les dirijo, y veo que tengo que habérmelas con buenas gentes. Hablamos así durante diez minutos, y



ARIZONA.—Jefe apache en traje de guerra. (Pág. 519).

luego proseguimos la marcha hacia la posada que se nos ha indicado en la calle Si-men. Esta vez hago á pié el corto trayecto, y no me rodean sino tres ó cuatro personas.

A las nueve de la noche hubo grande procesion de las antorchas, que pasó frente de nuestra posada, aturdiéndonos por espacio de media hora con su infernal ruido. El ídolo del fuego ha cruzado por esas casas de paja, lo que no las librará de incendiarse á la primera ocasion.

Mi viaje á la ciudad de Ho-chan habia tenido por objeto dar una ojeada y estudiar el terreno acerca el establecimiento de una futura Mision; pero evidentemente la ocasion no era propicia. No tocaban á su fin las fiestas supersticiosas, y los estudiantes debian tardar muchos dias á evacuar la plaza. Temiendo comprometerlo todo con una tentativa inoportuna, diferí mi proyecto, y por consiguiente, sin detenerme más que una noche, tomé el camino de Cheng-Keu-pu, en donde me aguardaba el P. Chen-leang. Llegué allí al cabo de cuarenta y ocho horas de marcha en las montañas, el séptimo dia despues de mi partida de Ngan-King.

INDOSTAN.

Carta del Rdo. Bertbo, de la Sociedad de las Misiones extranjerías de París, misionero de Pondichery.

Salem, 31 de Agosto de 1882.

LA ciudad de Salem, antes tan pacífica, de un mes á esta parte se ha convertido en semillero de discordias y rencores. Todos preveían esta tempestad, excepto los que sembraron viento y ahora se asombran de recoger tempestades.

Para comprender bien los últimos acontecimientos conviene dar una mirada retrospectiva, pues el germen de esas disensiones intestinas existe desde mucho tiempo.

Cinco ó seis años atrás los musulmanes compraron un terreno, á lo largo del camino que sirve para las procesiones, junto al rio y á la cabeza del puente que une Servapettei á un populoso barrio llamado Coghei: allí empezaron á levantar una mezquita. Los paganos se apresuraron á protestar ante el que era magistrado á la sazón, exponiéndole que la tal mezquita seria continua causa de contiendas. En efecto, aquel camino es la única gran via circular por donde puede pasar el carro de las procesiones y pasa de tiempo inmemorial: por otra parte los musulmanes, siempre insolentes é intolerantes, nunca permiten que se toque el tambor frente de sus mezquitas. El magistrado dió la razon á los musulmanes, quienes se comprometieron, sin embargo, á no poner trabas á las procesiones. Edificóse la mezquita, y el primer acto de los sectarios fué faltar á sus promesas. Irritados los paganos por esta mala fe, recurrieron á todos los magistrados locales y gastaron no poco dinero, siendo rechazados en todas partes. Así transcurrieron cinco años en costosos procesos, no haciéndose entre tanto ninguna procesion. Sólo los mahometanos continuaron batiendo sus tambores y paseando sus estandartes por todas las calles y plazas y frente todas las pagodas y pagodines de la ciudad. Por fin, el tribunal de apelacion de Madras falló el año último en favor de los paganos.

Los indos vencedores se pusieron á preparar su carro tradicional, cuyas enormes ruedas tenian necesidad de

reparacion despues de tantos años de inaccion forzosa. Los musulmanes no les escasearon por cierto las amenazas, y se aprestaron secretamente á resistir por medio de las armas.

En medio de la inquietud general, bastaba una chispa para encender el fuego, y ésta no faltó. El 28 de Junio último murió una pobre lavandera cerca de la mezquita, y despues de los ritos paganos, fuéron al rio á buscar el agua sagrada precisa para las ceremonias fúnebres. Un solo tamborcito precedia el modesto cortejo, pero era preciso pasar frente de la fatal mezquita antes de llegar al rio. Era esto en viernes, dia santo de los mahometanos. Estos prohibieron que se tocara el tambor; mas los paganos, fuertes con su derecho, se negaron á obedecer. Presentóse un inspector de policia mahometano, quien tomó partido por sus correligionarios, y segun se dice les excitó á que atacasen. Los paganos vecinos acudieron en seguida, y se promovió una refriega general. Empero los musulmanes, armados y más atrevidos, rechazaron á sus adversarios, más tímidos, y que no tenian para defenderse sino piedras y algunos palos.

Sucedio esto por la tarde, y los mahometanos, en la persuasion de que promoviendo desórdenes darian pretexto á las Autoridades para prohibir la procesion de sus enemigos, salieron en gran número durante la noche, y saquearon é incendiaron las tiendas y ricos almacenes de tejidos. A la mañana siguiente los paganos, enfurecidos por este incalificable bandolerismo, reuniéronse en masa, y á su vez saquearon las tiendas de sus contrarios á lo largo de la calle del bazar de Servapettei, hasta frente de nuestra casa. Los vecinos de Salem echaron abajo las puertas, arrojaron las mercancías á la calle, y los párias y sakilis, que acudieron como una banda de chacales al olor de la carne, limpiaron acto continuo la plaza. Los musulmanes experimentaron considerables pérdidas: el sábado se pasó de esta manera: la ciudad estaba entregada al saqueo. En todo este tiempo las Autoridades brillaron por su ausencia; ni un solo oficial estuvo en su puesto.

Al acercarse la noche los indos, tan ardientes en el pillaje, se encerraron en sus casas, abandonando así la calle á las represalias de los musulmanes, que habian jurado vengarse. Fué aquella una noche de pánico general: los agentes de policia, que durante todos los desórdenes se habian estado quietecitos en su morada, se guardaron bien de exponer sus preciosas personas. El temor era tambien grande en el convento y en nuestro reducido barrio cristiano. Sin embargo, como no nos habiamos mezclado para nada en la querella, tranquilicé á los míos, encomendándolos á la proteccion divina. Pasámos la noche sin novedad desagradable, pero tambien sin sueño, y á la mañana siguiente 200 cipayos vinieron á reanimar á la poblacion morigerada.

Así se pasó el primer motin. Creo que sólo hubo dos hombres muertos y algunos heridos. Los musulmanes habian conseguido su objeto: el de impedir por mucho tiempo, y quizá para siempre, la procesion pagana.

Se restableció aparentemente la calma, y á los pocos dias el magistrado, confiado con exceso, despidió para Bangalore á los cipayos. Secretamente reinaba un profundo descontento. Los paganos, creyéndose humillados, recurrieron á un procedimiento indo poderosísimo entre

ellos. Excomulgaron y *arrojaron de la casta* á los musulmanes. Impidieron que pudiesen servirse del barbero y la lavandera, y que se les vendiese y comprase cosa alguna. Los fanáticos sectarios, pobres en general, se encontraron en breve reducidos á la extremidad; mas excitados por sus Moollahs, no cedieron. Ensayáronse conferencias y se hicieron proposiciones de acomodamiento, pero todo se estrelló ante la obstinacion de los musulmanes, que declararon estar dispuestos á morir. Por su parte los paganos, irritados por ver que eran siempre víctimas, probablemente, decian, porque eran los más pacíficos y menos temidos, continuaron haciéndose justicia.

Desde entonces era evidente que se preparaban nuevas turbulencias, y á pesar de esto las Autoridades no tomaban providencia alguna. El martes 15 de Agosto, día de la Asuncion, hubo mercado como de costumbre en Servapettei, muy cerca de nuestra casa. Un polizonte musulman acercóse á una vendedora pagana para comprarle legumbres, mas ella, conforme á la orden dada á todos los de la casta, se negó á vender al excomulgado; éste no pudo contenerse y cometió la imprudencia de golpear á la mujer. Instantáneamente se promovió un tumulto indescriptible: el infeliz vióse rodeado y acometido; arrebatáronle el chuzo y se lo rompieron contra la cabeza. Logró escaparse chorreando sangre, y espiró luego. De nuevo estaba declarada la guerra.

A la mañana siguiente los paganos, aún no se sabe cómo, si por consigna ó movidos de comun indignacion, se encontraron reunidos al rededor de la malhadada mezquita, decididos á acabar con ella, cortando así el mal de raíz. Ebrios de furor y tambien de *arack*, la emprendieron contra el edificio y empezaron á destruirlo: puede decirse que estaba allí toda la ciudad. La policía quiso oponerse y disparó sobre la multitud; empero nada consiguió, pues los muertos fueron retirados, y la masa popular prosiguió su obra con ardor y encarnizamiento. ¿Cómo detener ese torrente? En breves horas la demolicion quedó consumada, y á fin de asegurarla más y más se saquearon cinco ó seis casas próximas: techos, puertas, muebles y carruajes fueron echados en la mezquita, y el fuego lo devoró todo. Mas el furor de los paganos estaba harto exasperado para que se detuvieran ahí: no contentos con destruir la mezquita se propusieron mancharla. Fuéron á buscar cerdos, cuyo solo nombre es inmundicia para los musulmanes, y degollando á uno precipitáronlo en el pozo sagrado, que cegaron acto continuo; aplicaron la sangre de otro en lo que restaba de lienzos de pared, á fin de figurar por burla la mano de Allah; colgaron las entrañas de un tercero frente la entrada, y por fin sujetaron otro en lo alto de un mástil, donde antes flotaba el estandarte de Mahoma. Sendas nubes rojizas indicaban á lo lejos el lugar del desastre. El odio encendido con este ultraje entre musulmanes y paganos durará mucho tiempo.

Cumplida su hazaña los paganos, asustados de su propia obra, huyeron á parapetarse en sus casas. Entonces hubo en todos los barrios un pánico indecible. La via pública estaba de nuevo entregada á los musulmanes, y la ciudad sin defensa. Esta vez nuestro distrito cristiano tenia realmente que temer: decíase que un alto funcionario, cristiano indígena, habia presidido en la demoli-

cion de la mezquita (lo que creo absolutamente falso), y que los musulmanes vendrian á vengarse poniendo fuego á nuestra iglesia. Juzgad de la consternacion general. Los cristianos acuden á la iglesia, en la que se guarecen todas las mujeres, dominadas de terror. ¡Y el huerfanato! ¡y las Religiosas! Algunos aconsejaban que se evacuase el convento; mas era ya de noche; ¿á dónde ir? el peligro era más grande en la calle que adentro: limitáronse, pues, á atrincherarse convenientemente, abandonándose en brazos de la divina Providencia. Cerró la noche, y de improviso oyéronse en todas partes terribles descargas de fusilería: ¿se acercaba el enemigo?... ¡cuán largas fueron las horas! ¡y continuaban sin cesar las desordenadas descargas! ¡Cuántos votos se hicieron de peregrinaciones á Yedapady y á Madiampatty!

Por fin lució el dia, y se supo la causa de aquel consumo de pólvora. Los indos, no se sabe cómo, se habian procurado armas, y cada uno, fortificado en su casa, se habia lucido disparando al aire, con objeto de atemorizar al enemigo y persuadirse á sí mismo de que no le faltaba valor. Esto causó no poca risa, aún en medio de las alarmas. La estratajema surtió el efecto deseado: los musulmanes hicieron lo propio en sus casas, y cada uno, sin salir de la suya, tuvo la satisfaccion de haber puesto en fuga al enemigo. Sucedió la tal comedia la noche del miércoles al jueves. En la mañana de este último día llegaron de Bangalore y Trichinopoly 400 cipayos, que pusieron término al motin. Esta vez fueron más los muertos; veinte, segun se dice, y en proporcion el número de heridos.

El dia siguiente al del motin la policía, tan cobarde ante el peligro, hizo maravillas y arrestos en masa sin discernimiento. En un solo dia fueron presos y encarcelados 150 indos, sin que se inquietase á un solo musulman. Los primeros, viendo el sesgo que tomaban las cosas, se salieron al campo, y en breve la ciudad quedó casi desierta. Esto era dejar dueños á los mahometanos, que no desaprovecharon la ocasion: en la imposibilidad de causar daño en grande se vengaron en detall, asesinando en lugares oscuros, disparando contra los transeuntes é incendiando casas durante la noche. Es sabido que todos están armados, é ignoro por qué aberracion se les califica de víctimas y no se ha arrestado á ninguno de ellos. Así es que se prevale de eso para aterrorizar la ciudad: no se pasa dia sin que cometan algun ultraje público, y siempre impunemente. Cierta noche en Toghei pegaron fuego á siete casas, en una de las cuales habia un enfermo que murió abrasado. Han hecho venir muchos centenares de extranjeros, y enviado sus mujeres muy lejos y en lugar seguro, corriendo el rumor de que meditan una terrible venganza. El porvenir, pues, es todavia incierto.

Tal es el estado de Salem de más de un mes acá: el comercio es nulo, las tiendas están cerradas y ha cesado el abastecimiento de comestibles.

Los tiempos son realmente malos, en particular para mi reducida grey. Casi todos los cristianos viven al dia, y no hay trabajo en ninguna parte: albañiles, carpinteros, tejedores y coolies ven á sus puertas el espantoso espectro del hambre. Muchos, siguiendo la corriente general, van á buscar lejos la seguridad y el trabajo. Los cristianos antiguos volverán algun dia; pero quizá no

suceda así con muchos neófitos que van á dispersarse á los cuatro vientos. ¿Qué será de ellos apartados de la iglesia y de la vigilancia del misionero? A más de esto, los pobres empiezan á sitiar mi puerta y también mi bolsa, por desdicha harto ligera.

Respecto á los habitantes del convento y del huerfano, muchos me aconsejan que les despidan por algun tiempo para Shettiadatty ú otro punto. ¿Qué hacer? No veo peligro inmediato para nuestros cristianos, á menos de un trastorno general, cosa poco probable mientras se mantenga una fuerza imponente de tropa. Si la retirasen todo sería de temer, pues los sectarios de Mahoma han jurado vengarse, y en su furor fanático no harían distincion entre católicos y paganos.

GALLAS.

Carta del Ilmo. Taurin Cabagne, capuchino, vicario apostólico.

NUESTRAS Misiones del Africa, tan contrariadas, parece tendrán que sufrir todavía nuevos desastres. Si la crisis que atravesamos no cesa en un breve plazo, ó no toma mejor sesgo, está á punto de faltarnos todo socorro humano. No obstante, gracias al Señor, nos encontramos todavía en pié, y nuestra situacion por el momento no debe inspirarnos excesiva inquietud. Harar está aislado, la guarnicion es relativamente considerable, y el gobernador no carece de energía, estando además interesado en mantener la tranquilidad á su alrededor. El resultado más triste es tenernos actualmente en la inaccion, lo que á la larga fatiga á los misioneros, especialmente á los que no están acostumbrados á la lentitud y á las trabas que suscitan las poblaciones de esta comarca.

Observamos aquí la Regla de san Francisco, como en otro tiempo en un convento de Europa, y nuestro gran trabajo en Harar, lo mismo que en Zeyla, es formar para el porvenir los jóvenes emigrados del Chewa, cuyas disposiciones son excelentes. Tenemos nueve de quince á treinta años, y buena parte de ellos han recibido la tonsura y Ordenes menores. Si durante la dilacion presente logramos preparar buenos catequistas, algunos de los cuales serán más tarde sacerdotes, distaremos mucho de haber perdido el tiempo. Fuera de esto, continuamos enseñando el catecismo á algunos jóvenes del país: no se eche en olvido que estamos aquí en un foco del proselitismo musulman. Así no es de extrañar que tengamos mucho trabajo en ponernos en relacion aún con los soldados egipcios de origen cristiano. Está reconocido oficialmente que la potencia egipcia es completamente musulmana y que ningun magnate es cristiano; siendo

cierto, por otra parte, que no pocos oficiales de grado inferior son de origen cristiano, encontrándose en la misma situacion muchos centenares de soldados; bien entendido, por supuesto, que todos son herejes de tradicion, pues católicos no creo que los haya. Con todo, ya empiezan á hacer bautizar á sus niños. Algunos hablan de casamiento, cuestion algo complicada en este país. La mayor parte desea la apertura de una iglesia pública, cosa que no consiente lo precario de nuestra situacion: la existencia de una iglesia ocasionaria sin duda un motin y probablemente una matanza. Debemos, pues, atemperarnos al modo de obrar de las catacumbas hasta tanto que la poblacion se vaya acostumbrando con nosotros. Sin embargo, en honor de la verdad es preciso hacer constar que siempre hemos podido circular por las calles con nuestro hábito religioso sin excitar rumores hostiles, y no pocas veces voy con el traje episcopal y la cruz distintiva de esta dignidad sin que los transeuntes parezcan advertirlo. Verdad es que con ocasion de la compra de nuestra casa mi cualidad

de obispo fué un obstáculo, que felizmente se allanó merced á la influencia de Sadi-bajá. Todos los magnates de Harar saben, pues, que hay entre ellos un obispo católico.

No tengo noticia alguna del Chewa. La caravana Real llegó á Obockh, mas no habiendo mejorado la situacion de aquella ciudad, creo que el séquito del rey se encuentra en grave compromiso.

TAHITI.

Carta del P. Privado Delpuech, de la Congregacion de los sagrados Corazones.

Atina, 8 de Setiembre de 1882.

DESDE mi llegada á Tahiti sirvo el distrito de Atina Punaauia y el de Paea, donde existen dos hermosas iglesias de piedra. Punaauia, segun el

último censo de 1881, cuenta 680 habitantes, que se dividen como siguen: 140 católicos, 390 protestantes y 90 mormones, todos tahitianos; 50 chinos, la mayor parte paganos; 50 colonos franceses ó hijos de colonos, casi todos católicos; en suma de 180 á 190 católicos.

El presente año las fiestas pascales han tenido en este distrito cierta brillantez. La festividad del Corpus fué asimismo celebrada con solemne pompa. Los tahitianos se encargaron de erigir y adornar á sus expensas dos magníficos altarcitos; el tercero fué encomendado á los miembros de la familia de un antiguo magistrado, el Sr. Holozet, procurador durante mucho tiempo de la república de Tahiti. El P. Collette y los habitantes de Faa, en número de 200, vinieron á unirse con nosotros á fin de contribuir con su presencia á dar mayor lucimiento á



ARIZONA.—Soldado apache. (Pág. 519).

la fiesta. El P. Collette quedó tan contento y admirado de la gracia y buen gusto de los veinte ó más ramilletes compuestos por los católicos de Atina, que tomó dos para ofrecerlos al vicealmirante Brossard de Corbigny.

En este distrito de Atina dirijo, como es costumbre, una escuela libre de niños; son veinte y cinco, casi todos católicos. Además del catecismo les enseño francés, lectura, escritura y cálculo hasta el sistema métrico. Actualmente estoy preparando tres ó cuatro de estos niños para el bautismo, y otros cinco ó seis para la primera Comunión en la próxima fiesta de Todos los Santos.

Cinco meses atrás ensayé establecer en el distrito de Paea una escuela libre, que yo dirijo al mismo tiempo que la de Atina, con ayuda del primero de mis discípulos formado con este objeto. De dos ó tres años acá no teníamos clases en esta estacion, pues á consecuencia de la larga enfermedad de mi predecesor, los discípulos se dispersaron. Las dificultades propias de todo comienzo no me permitieron el primer año de mi ministerio reconstituir esta escuela, y así tuve que dejarla. Al tomar posesion de la iglesia nuevamente construida, abrí para los adultos cursos de canto que durante un año atrajeron mucha gente y me permitieron hacer algunos católicos. Por desdicha esta obra, que parecia prometer mucho desde el principio, tuvo la suerte de tantas otras del mismo género, que en Tahiti empiezan bien por lo regular, pero que nunca perseveran á causa del carácter de los habitantes. Desapareció el canto, y lo mismo las instrucciones, por falta de celo en los oyentes y aun por carencia de estos. Comprendí desde entonces que era mejor consagrar mis desvelos á los niños. Abrí, pues, una escuela libre el 1.º de Abril, y acudieron unos diez discípulos, cuyos padres habia procurado hacerme propicio. Poco tardé en reconocer que es preferible dirigirse á los niños que á los adultos. El 17 de Agosto contaba ya cuarenta y tres discípulos, que uno tras otro abandonaron la escuela del Gobierno para venir conmigo, algunos aun á pesar de sus padres, protestantes obstinados: á excepcion de tres, todos pertenecen á esta secta. A más de las lecciones de lectura, escritura, francés y cálculo, doy tambien de vez en cuando lecciones de catecismo, y les acompaño á veces á los Oficios los domingos y dias de fiesta. Tal vez tendré el consuelo de ganar á algunos tarde ó temprano. Su Ilustrísima nos dice que por este medio consiguieron los antiguos misioneros formar católitos en Tahiti y sobre todo entre los Pomotis. No es esto decir que cuente yo absolutamente con este trabajo, pues puede muy bien tener el desenlace que tantos otros si Dios no lo bendice. Por esto tengo gran necesidad de que se ore mucho. Entonces sin duda conseguiré más abundante cosecha de conversiones.

Réstame deciros algo de mi pequeña leprosería, que en este momento no cuenta más que dos pobres chinos relegados con algunos otros hace ya nueve años, por los desvelos de la Administracion local, en un rincon de un valle llamado Maruapo.

Uno de estos desventurados mueve á piedad. Atacado doce años há de este mal horroroso, hoy sólo presenta manos y piés roídos hasta la articulacion de los huesos, y su rostro ensangrentado no conserva sino las partes huesosas. Parece un cadáver viviente. Y con todo ¡cuán-

tas cosas edificantes pudiera referir respecto á este desgraciado!

Encontrándose mis leprosos á igual distancia de los dos distritos que sirvo y á cinco minutos del camino que conduce del uno al otro, voy á verles con frecuencia, á ejemplo del P. Latuin, mi predecesor, con objeto de instruirles y á veces darles de comer. Despues de cada conversacion rezo de rodillas en su presencia una breve oracion en tahitiano. Nuestro infortunado, que es el más ferviente, se postra entonces la faz contra el suelo, y ruega conmigo en semejante postura, no con los labios sino con todo el corazon. Llevando cierto dia más prisa que de costumbre, me despedí de ellos antes de haber orado.

—¿Cómo, me dijo, te vas! ¿Y la oracion? Si no la haces, voy á morir esta noche ó no podré descansar tranquilo.

A estas palabras, retrocedí confuso.

—¿Voy á morir, me dijo un dia que se encontraba solo y sufría más que de ordinario.

—¿Por qué? le pregunté.

—Mi compañero me ha abandonado; sufro del pecho, me ahogo... y no puedo levantarme de la cama para llamar á los transeuntes. Hace ya dos dias que nada tengo que comer.

—¿Cómo? ¿y el dinero que te dejé hace cinco dias?

—Gasté dos pesetas para procurarme agua; el resto está allí: el panadero no quiso tomar el dinero que le ofrecí para tener pan...

Es de advertir que, á consecuencia de dos meses de sequia, el lugar donde están aislados estos infelices carece absolutamente de agua, y sólo se la encuentra en el fondo del valle, á una legua de distancia. Los kanaks de los alrededores, cuyo corazon está endurecido, le exigen cincuenta céntimos y aun una peseta para traerles un cántaro de agua. El otro enfermo, menos gravemente atacado, ha podido domiciliarse en otra parte.

Cerca de la yacija de este infortunado descansan los restos de otro infeliz leproso chino, bautizado hace cinco meses, dos dias antes de su muerte. Dos ó tres meses hacia que se habia suicidado otro que nunca pudo comprender mis palabras. Los dos supervivientes me escuchan gustosos, tanto como puede permitirlo su escaso conocimiento de la lengua tahitiana; debo manifestar en honor suyo que están perfectamente resignados.

Aquel de quien más he hablado me repite á menudo su profesion de fe, que aunque no es todavía muy explícita, por lo menos sale de lo íntimo del corazon. Héla aquí: «Yo quiero, me dice, todo lo que tú quieres; creo todo lo que tú crees y quieres que yo crea. Rechazo todo lo que tú quieres que yo rechace.» Su muerte no puede tardar: con tales sentimientos indudablemente será buena.

DE M'DABURU A MALTA.

El Instituto apostólico de Malta ha sido creado especialmente para la educacion de los negritos merced á la ardiente caridad y celo del cardenal Lavigerie. Esta obra es bajo todos conceptos digna de las mayores simpatías, como cualquiera puede convencerse de ello leyendo la siguiente Memoria que dirige á Su Eminencia el Rdo. P. Barbot, quien condujo á los jóvenes huérfanos desde M'daburu á su destino.

*



CABO de tener la dicha de conducir á Europa, cuatro jóvenes negros que estaban reducidos á esclavitud en el Ugogo. Dos son originarios del Unyanyembé y los dos restantes de orillas del Nyanza. Fueron escogidos por su inteligencia y buena voluntad, y se llaman: Ferraghi, de trece años de edad; Makuaya, de doce, y Tchalula y Mpolo, de once.

Uno de ellos era esclavo de un negro musulman, jefe de la comarca, y los otros de algunos nobles de la localidad. Para su rescate hemos tenido que dar buen número de brazas de tela, pues hay que advertir que en las tribus más inmediatas á la costa las telas no tienen el mismo valor que en los pueblos más distantes del Uganda y del Tanganika. Si allí los misioneros dispusiesen de recursos suficientes, podrían arrancar de la esclavitud considerable número de infelices víctimas. Ahora sobre todo que hemos sido testigos de los sufrimientos, malos tratos y privaciones que tienen que sobrellevar esos pobres niños; ahora que hemos podido convencernos de los felices resultados de una educación cristiana, no vacilamos un momento en reiterar nuestras instancias en favor del rescate de los jóvenes negros.

Los que acaban de ingresar en nuestro huerfanato de Malta apenas se vieron objeto de nuestros desvelos paternales olvidaron completamente á sus amos negros, ó sólo conservaron de ellos el recuerdo de sus malos tratos. En nuestra casa de M'daburu se rehicieron algun tanto de las privaciones anteriores, se les habló de Dios nuestro Padre y el suyo, de Europa que no conocen sino de nombre, de los buques de vapor, de los ferrocarriles, de los edificios de piedra, y especialmente de la instrucción que iban á recibir. Así fué que llegado el momento de la partida no vacilaron un momento. Las primeras etapas les fatigaron un poco; pero en breve sus piernas se fortalecieron y marcharon como los hombres. Teníamos treinta buenas jornadas en perspectiva, mas no se arredraron por tan largo trayecto. Por mi parte habia puesto toda mi esperanza en el Señor.

Los negros manifestaban su extrañeza viendo viajar á estos niños sin el menor bagaje, pues en sus caravanas á los jóvenes de su edad les hacen llevar paquetes de 15 á 20 kilogramos. Sus miembros enflaquecidos y sus rostros, en los que se revela el sufrimiento, publican claramente que no tienen siempre lo necesario y que su fatiga es excesiva. A veces se les obliga á andar siete, ocho, diez horas, y esto sin tomar alimento, y cuando les faltan las fuerzas y la debilidad les obliga á moderar el paso, sus bárbaros dueños los activan con malos tratamientos. Llegados al campamento, no pueden tomar descanso hasta haber provisto á las necesidades de su propietario, preparándole choza y cama, y surtiéndole de agua y leña. Cuando les toca el turno de descanso se les da una ligera ración de ese caldo de *sorgho*, que recuerda exactamente una cataplasma de harina de linaza. Por mi parte tuve especial cuidado de mis cuatro negritos, á fin de que pudiesen soportar más tarde el cambio de clima.

En Bagamoyo los Padres del Espíritu Santo me dispensaron la más cordial acogida, y tuvieron la caridad de vestir á mis compañeritos, que iban casi desnudos. Cuando se vieron éstos con vestidos de *Ulaya* (Europa), de tela de color, no cabían en sí de gozo. Admiraron

mucho las casas de piedra, luego el Nyanza (la mar) del Ulaya, etc. El cónsul de Zanzibar usó conmigo de la mayor benevolencia, entregándome gratuitamente un pasaporte en el que se hacia mencion de mis cuatro niños librados por el consulado. Más tarde tuve ocasion de bendecir á la divina Providencia, pues este documento me fué de suma utilidad.

En el momento solemne en que los jóvenes viajeros tuvieron que abandonar sus compatriotas y su país, se mostraron alegres, aguardando impacientes los primeros movimientos del buque que iba á transportarles á esa Europa objeto de todos sus sueños. Al llegar la hora, y cuando el silbido anunció la marcha, les dije que si preferían quedarse en *Angudia* (Zanzibar), era aún tiempo, pero que una vez partidos sería imposible.

—¡Oh Padre mio, exclamó el travieso Mpolo, yo quiero ir á Europa!

—Nosotros tambien, para aprender á leer, repusieron los otros.

Me entendí con el cocinero de bordo para que no les faltase á mis compañeritos una comida conveniente: arroz y un poco de carne. De vez en cuando les hacia por mí mismo una ligera distribucion de naranjas y galletas. Viéndoles entregados á sus infantiles juegos sobre el puente, me convencí de que estaban contentos y no sentían el alejarse de su patria. Inspiraron el más vivo interés á todos los viajeros, á causa de que los rasgos de su fisonomía no son repulsivos como los de los negros del Norte de Africa: tienen el rostro agradable y regular; la nariz recta y bien hecha, los labios delgados, y sus ojos reflejan la inteligencia. Repetidas veces he tenido ocasion de admirar la bondad de su corazon. Cuando algun doméstico daba á alguno de ellos una golosina, al momento era entregada al pequeño Nyampara (cabo), quien hacia las partes. Habia á bordo algunos marineros ingleses, quienes se complacian en jugar y correr con ellos, y aún llevaban su fineza hasta el punto de abstenerse de parte de sus postres, y al salir del comedor daban á los niños una fruta ó lo que fuese, ó me lo entregaban á esta intencion.

En Port-Said nos fué imposible comunicar con el puerto y por consiguiente el aumentar el traje de los negritos. Cuando les dije que nos acercábamos á Argel saltaban de gozo; empero la divina Providencia, que me habia preservado de todo mal durante tan largo y penoso viaje, me reservaba allí una contrariedad.

No se permitió siquiera que se hiciese el desembarque de la correspondencia que traia el buque: se nos impuso cuarentena, y teníamos que ir hasta Lóndres. Me sometí á la voluntad del Cielo, aunque no sin concebir serios temores por la salud de mis queridos niños. No fué el menor contratiempo la falta de dinero en que me encontraba para este exceso de viaje que yo no habia previsto. Los niños se mostraron impasibles á todos los reveses, que no turbaron poco ni mucho su habitual alegría. Hasta Lisboa el mar estuvo tranquilo y no fué excesivo el frío; mas una violenta tempestad nos azotó durante tres dias en el golfo de Vizcaya. Nuestra Señora de Africa nos cubrió sin embargo con su maternal protección y arribamos felizmente al Támesis, á la sazón en que gran número de naufragios llevaban el luto al seno de muchas familias.

El 2 de Diciembre nos encontramos en medio de las densas nieblas de la ciudad de Londres. El día siguiente se nos declaró que la Compañía de navegacion que nos condujo no se ocupaba más de nosotros, y que teníamos que arreglarnos como quisiésemos para ir á Argel. Al momento empecé las diligencias necesarias para repatriarme. Presentéme al consulado y á la embajada, pero inútilmente. Por fin encontré una sociedad francesa de beneficencia que consintió en hacerme expedir pasaje gratuito de Londres á Bolonia para mí y mis compañeros.

La travesía duró diez horas y fué excelente. Los negritos estaban, como yo, en segunda clase, con sala caliente y buenas camas. Así, aunque les advertí que llegaríamos en breve á tierra, se durmieron profundamente. A las diez de la noche echamos el ancla frente de Bolonia. Los jovencitos africanos excitaron el interés general, y las Autoridades me dispensaron la más simpática acogida. En la subprefectura obtuve para todos media plaza en ferrocarril hasta París. Cuando estuvimos en el wagon fué grande el asombro de los niños. La rapidez del tren y el movimiento aparente de las casas próximas á la línea les llenaban de estupor. De París á Marsella la misma sorpresa.

Por fin subimos á bordo del *Kleber*, de la Compañía transatlántica, y al cabo de algunos días llegamos á Malta, y fuimos al colegio de San José, donde mis compañeros aguardaban mi venida con impaciencia. La víspera previne á mis pequeños vago que iban á encontrar hermanos, negros como ellos, que les recibirían muy bien. Los Padres nos recibieron con los brazos abiertos, y por fin experimentamos la dicha de llegar al término del viaje que era como la preparacion de la evangelizacion del Africa por sus propios hijos.

PATAGONIA.

HASTA ahora los inmensos desiertos de las Pampas, la Patagonia, la Tierra del Fuego y las islas Maluinas habian opuesto la más obstinada resistencia á la civilizacion y al catolicismo.

Desde el descubrimiento de la América por Cristóbal Colon, animosos operarios evangélicos intentaron repetidas veces penetrar en esas comarcas, iguales en superficie á la Europa entera, pero sus ensayos fueron infructuosos; todos los apóstoles murieron asesinados, y nadie puede dar noticias positivas acerca este país y sus habitantes.

Un sacerdote de Turin, dom Juan Bosco, considerando la desventurada suerte de esos salvajes, experimentaba cruelísimo dolor, y resuelto á hacer una nueva tentativa, fué á Roma, comunicó sus proyectos al prefecto de la Congregacion de la Propaganda, y los sometió en seguida á Pio IX.

Una vez cumplidas estas formalidades preliminares, el Vicario de Jesucristo recibió á una legion escogida de Salesianos el 1.º de Noviembre de 1875.

El Pontífice los acogió con su bondad enteramente paternal.

—Vais á partir, les dijo, para la América del Sur: la experiencia adquirida por las tentativas hechas hasta el presente, os aconseja que no penetreis directamente has-

ta el centro de los salvajes, sino que os establezcáis en los confines de su territorio, para conservar en la fe á los que ya la han recibido. Cuidando los niños de los indios os abriéis camino para atraeros los padres.

Después de recibir de este modo su mision del Vicario mismo de Jesucristo, los hijos de san Francisco de Sales, en número de diez, bajo la direccion del reverendo presbítero D. Juan Cagliero, doctor en teología, partieron el 14 de Noviembre de 1875 para la República Argentina, y el 14 del mes siguiente desembarcaron en Buenos Aires, capital de este Estado.

Los primeros trabajos de los nuevos misioneros fueron consagrados á fundar establecimientos de educacion, destinados á los salvajes, en los confines del Uruguay y de la República Argentina. Levantaron hospicios para niños pobres y abandonados, y establecieron algunos seminarios á fin de reunir en él los jóvenes capaces de recibir una instruccion y una cultura más especiales y desarrollar en ellos la vocacion eclesiástica.

La multiplicacion de las casas hizo indispensable el aumento de personal. Cada año se hizo una y aún varias expediciones á la América del Sur, empezándose Misiones en diversos puntos próximos á los indios. Tuviron éstas buen éxito, y fueron acogidos y recibieron el bautismo varios centenares de niños y adultos.

Con objeto de penetrar más adentro, decidióse aprovecharse de un buque del Gobierno, que debia dirigirse al rio Negro, en la Patagonia septentrional.

Partió el buque el mes de Mayo de 1879. La navegacion prometia ser feliz; mas apenas nuestros viajeros estuvieron en alta mar, una terrible borrasca alborotó las olas del Atlántico. Después de trece días de inútiles esfuerzos y de peligros, tuvieron que abandonarse á merced de los vientos, que rechazaron el buque al mismo lugar de donde habia partido. Sólo por evidente proteccion del cielo pudieron escapar de la muerte los Salesianos y demás viajeros.

Lejos de desalentarse, los misioneros formaron el designio de intentar la via terrestre. A este fin el año siguiente el Rdo. D. Juan Costamagna, el Rdo. Dr. D. Juan Espinosa y un catequista se pusieron en camino á través de las Pampas, donde les aguardaban grandes consuelos. Pudieron hablar á diversos caciques, hacer oír el nombre de Jesucristo á los habitantes de aquellos inmensos desiertos, hasta entonces desconocidos, y dar el bautismo á 500 salvajes próximamente entre adultos y niños.

Finalmente, tras cuarenta y cinco días de viaje á través de tierras inexploradas y sin nombre, pudieron, no sin dificultades, cruzar el rio Colorado, el rio Negro, y entrar en la Patagonia propiamente dicha, objeto de sus constantes aspiraciones. El Gobierno de la República Argentina protegió esta peligrosa expedicion, emprendida en una extension de más de 2,000 kilómetros.

Se da el nombre de Patagonia á la parte de la América meridional que empieza en el 37º de latitud Sur y se extiende hasta el estrecho de Magallanes. Una elevada cadena de montañas denominadas las Cordilleras la divide en dos vertientes. La occidental toca con las aguas del Pacífico y pertenece á la república de Chile, y la oriental al Gobierno argentino.

Los límites de la vertiente oriental son los siguientes:

al Norte el río Colorado, que toma su origen en las Cordilleras, y va á verter sus aguas en el Atlántico; al Este este mismo Océano; al Sur el estrecho de Magallanes, y al Oeste las Cordilleras, que la separan de la vertiente occidental.

Los nuevos misioneros se fijaron á orillas del río Negro, á los 40° latitud Sur. Encuéntanse allí diferentes mercados á donde acostumbran acudir los extranjeros para vender, ó mejor cambiar vino, licores y pan con frutos de esos países ó labores hechas por los indios. Estos objetos son transportados luego á las otras partes de América y aun á Europa, en donde son buscados por lo raros. Los misioneros se establecieron, pues, en Carmen, terreno descubierto en donde se encuentran los salvajes y los extranjeros.

Los patagones y algunos europeos ya establecidos en el país recibieron á los Padres con indecible gozo: esta simpática recepcion les permitió tratar con los jefes, examinar la condicion de los habitantes y reconocer la posibilidad de establecer colonias. Luego, tomadas las indispensables precauciones para quedar en buena inteligencia con los indios, y despues de haberles prometido volver lo más pronto posible entre ellos, embarcáronse en un buque que el Gobierno puso á su disposicion, y volvieron á Buenos-Aires. Llegados á la capital, expusieron el feliz éxito de su viaje á la superior Autoridad civil y á sus compañeros salesianos. Todos tributaron acciones de gracias al Señor por haber tenido al fin piedad de aquellos pueblos, hasta entonces sentados en las sombras de la muerte.

Despues de preparar las provisiones necesarias, con ayuda de los otros Padres y de las Hermanas de María del Socorro recién llegadas de Europa, el presbítero Fagnano partió directamente á Patagonia á fines de Diciembre de 1879 para organizar y disponer la Mision. Los misioneros fundaron casas, iglesias y hospicios, y establecieron escuelas para los muchachos y las niñas.

Véase ahora el estado actual de las colonias en la Patagonia, en la orilla Norte del río Negro, hácia el río Colorado. Estas son:

- 1.º *Cármén de Patagones*, que cuenta próximamente 1,500 europeos ó indios convertidos.
- 2.º *La Guardia Mitre*, á 85 kilómetros de Patagones, que tiene el mismo nombre de los neófitos.
- 3.º *La Colonia Conesa*, á 155 kilómetros de Patagones, en donde hay más de 8,000 indios de la tribu Catriel.
- 4.º La nueva poblacion llamada *Chale-Chale*, á 350 kilómetros de Patagones, donde se cuentan 2,500 indios bautizados ó catecúmenos.

Frente de Cármén, á la orilla Sur del río Negro, en la Patagonia propiamente dicha, está situada *Mercedes*, residencia de un gobernador enviado por la República Argentina: su poblacion es de unas 2,000 almas.

A 50 kilómetros de Mercedes se encuentra la colonia de San Javier, sita tambien en la orilla meridional del río Negro, pero más internada en la Patagonia. Allí hay reunidos 600 indios Linares, ya bautizados ó terminando su instruccion en la fe. Actualmente se fundan nuevas colonias más al centro, y ocúpanse activamente en establecer una á orillas del lago Nahuel-Hu-API, cuyos alrededores están muy poblados de indios salvajes.

El Rdo. José Fagnano con un catequista ha hecho re-

cientemente una excursion hácia este lago, que dista de Cármén más de 1,000 kilómetros y está á poca distancia de las Cordilleras. Las particularidades de este viaje apostólico han sido objeto de una relacion especial.

Finalmente, en las cercanias de dicho lago se ha podido ya recibir en el seno de la Iglesia algunos centenares de salvajes, empezando así una cristiandad, primera flor ofrecida á la Iglesia por la Patagonia central.

Siendo la primera de las dificultades que se ofrecen el corto número de misioneros, hemos fundado en Europa, con aprobacion de la Santa Sede, colegios y seminarios con objeto de preparar obreros evangélicos.

En el Uruguay y la República Argentina contamos ya dos colegios ó seminarios.

La segunda dificultad es la falta de recursos. Hay que construir casas, iglesias y escuelas para los muchachos y las niñas.

Se han fundado ya huerfanatos para los hijos de los indios; pero aún serian necesarios otros muchos.

No hablo de los ornamentos y vasos sagrados, del mobiliario para las escuelas y habitaciones, y de los vestidos que conviene dar á los indios más pobres.

Otro obstáculo gravísimo nos viene de parte de los protestantes. Apenas advirtieron que habia desaparecido el peligro, fuéron á plantar sus tiendas en las nuevas colonias. Allí han fundado clases; y ejerciendo la medicina, la cirugía, la farmacia y prodigando el dinero, consiguen causar grave embarazo á los misioneros católicos.

Pero todas estas dificultades, y otras más, los misioneros podrán vencerlas, pues no ha de faltarles la benediction del cielo.

Lo que en este momento nos es más indispensable, es el apoyo de la *Obra piadosa de la propagacion de la fe*, que tan bien ha merecido ya de la Iglesia.

CRÓNICA.

Roma. — El cardenal Simeoni ha dirigido una circular á los vicarios apostólicos, prefectos y otros jefes de misiones.

Despues de recordar lo que ha hecho la *Propaganda* por el progreso de las ciencias y las artes, enviando sábios al Oriente para recoger manuscritos antiguos y fundando su célebre tipografía filológica, lo mismo que el museo de Borgia, el Cardenal invita á los misioneros á recolectar cuanto encuentren apropiado para aumentar los conocimientos geográficos, todo lo que se relacione con la historia de las artes, las costumbres y la religion, sobre todo, de cada país; todo, en fin, lo que se refiera á la botánica, á la mineralogía y á la zoología en cada territorio; pormenores que deberán expedirse á la Propaganda.

Marruecos. — Aprovechando la oportunidad de encontrarse en Ceuta practicando la santa pastoral visita el señor Obispo de Cadiz, partió el día 7 de Noviembre para Tetuan con el fin de visitar á los Padres Misioneros españoles, cumpliendo así lo que de mucho tiempo les habia ofrecido. Al efecto, acompañado del P. José Lerchundi, Prefecto de las Misiones, dirigióse S. E. I. á dicha ciudad, siendo espléndidamente recibido, no solo por el Cónsul de España y los Misioneros, sí que tambien por las autoridades, prodigándole moros, cristianos y judíos las mayores atenciones.

En la bella iglesia de la Mision se cantó solemne misa,

con asistencia de S. E. I., el señor cónsul y casi toda la colonia española, oficiando el Sr. Dean de Ceuta, asistido de un Padre de la Mision y del señor secretario de visita.

Concluida la misa, S. E. I. administró el Sacramento de la Confirmacion, asistiendo como padrinos el señor cónsul y su distinguida señora.

Despues de dos dias de permanencia en Tetuan, partió S. E. I. para Tánger, en donde se le dispensó asimismo una afectuosísima acogida, habiendo salido á su encuentro en el camino el Ministro de España cerca de S. M. Scherifiana, con todo el personal de la Embajada, el Consulado y la poblacion en masa. Las casas de los cristianos ostentaban lujosas colgaduras. A su llegada dirigióse S. E. I. á la bella iglesia de la Mision, en donde se cantó una solemne Salve.

Varios periódicos han publicado extensas y curiosísimas reseñas de este viaje, no menos que del entusiasmo que con la entrada del venerable Prelado en Tánger se produjo entre aquellas gentes. Hoy debemos limitarnos á consignar un hecho, y es que al Ilmo. Sr. Catalá, obispo de Cadiz, ha cabido la satisfaccion de ser el primer Obispo español que ha recorrido poco menos que en triunfo la larga distancia que media entre Ceuta y Tánger, recibiendo de los más encopetados magnates marroquíes toda suerte de atenciones.

Armenia.— El P. Francisco J. Machado escribía en Julio último lo siguiente sobre la nueva Mision de Aintab, confiada á los Padres Menores de Tierra Santa.

«La ciudad de Aintab, llamada antiguamente Antioquía *ad Taurum*, fué edificada á la falda del Monte Tauro sobre tres collados, y ahora tiene cerca de 33,000 habitantes, de los cuales 11,000 son armenios cismáticos, 2,500 protestantes, 160 católicos y 300 hebreos. Todos los demás son mahometanos. Las principales causas de tan corto número de católicos son las siguientes:

«1.^a La ignorancia y soberbia del clero heterodoxo, que dió origen al cisma oriental.

«2.^a El yugo turco, en justo castigo del cisma, impuesto á estos pueblos.

«3.^a El demasiado apego al dinero, que los retira del cielo y los atrae más á la tierra, por lo que no distinguen la religion de la irreligion. Por esta causa han hecho allí los protestantes grandes progresos, principalmente en Aintab, en donde tienen dos sectas enemigas en verdad entre sí mismas, pero unidas contra la verdadera Iglesia de Cristo. Se ha formado una secta de protestantes evangélicos de los Estados de América, y la otra de ingleses. Son más numerosos los primeros: allí han erigido ya un colegio central. Los gobierna un cierto Tobric, que es tambien vicecónsul, rector general de las escuelas y cabeza de la secta. Los posteriores son gobernados por cierto ex-obispo de los armenios cismáticos de Aintab; tienen tres iglesias y catorce escuelas, y además un colegio central.

«A dichas escuelas, en las que enseñan 35 maestros, concurren 426 niños y 258 niñas.

«Los armenios cismáticos tienen dos escuelas, una de niños y otra de niñas, y una iglesia.

«Los católicos tienen una iglesia bastante hermosa, á la que sirve un sacerdote. Antes tuvieron dos escuelas, despues una, y por último ninguna; de modo que los niños católicos estaban obligados á concurrir á la escuela anticatólica.

«El año pasado el Sumo Pontífice, por medio de la sagrada Congregacion de *Propaganda fide*, manifestó al reverendísimo Padre Ministro General de nuestra Orden su deseo de que la Custodia franciscana de Tierra Santa tomara la Mision de Aintab, y que á la brevedad posible mandase allí misioneros. Dicho Padre, acordándose de la abnegacion y sacrificios de su ínclito fundador san Francis-

co de Asis, con sumisa obediencia se sometió alegremente á los piadosos deseos del Vicario de Jesucristo.

«Los superiores designaron al P. Vicente de Breno, que durante quince años habia sido misionero en América, y al presente desempeñaba el oficio de Discreto de la Custodia; tambien al P. Amadeo, de Catania, y á Fr. Domiciano, religioso francés.

«De Jerusalem marcharon estos nuevos misioneros el domingo 20 de Noviembre de 1881 hácia Anatolia, á fin de reducir á los pueblos á la unidad de la fe católica. El 7 de Diciembre llegaron á Aintab, y fuéron á la iglesia armenia católica, cuyo sacerdote los recibió con regocijo. Al dia siguiente los visitaron casi todos los católicos, alegrándose de su llegada y esperando al propio tiempo que por su trabajo apostólico floreceria en esta infeliz region el Catolicismo.

«Despues de pocos dias encontraron los misioneros una pobre casa, trabajando en seguida para la ereccion de una escuela donde instruir la juventud. Con la ayuda de Dios, el dia 15 de Enero del corriente año pudieron hacer saber á los fieles de la Mision que al dia siguiente debia abrirse, á los que advirtieron juntamente la grave obligacion de mandar á los niños á la escuela católica, puesto que en la Delegacion apostólica de Siria los que hacen lo contrario incurren en caso reservado. El dia 16, habiendo ofrecido el santo Sacrificio á los Santos protomártires franciscanos, y rezado el himno *Veni Creator*, los Padres bendijeron la escuela segun el rito de la Iglesia, y en seguida comenzaron la instruccion. En el dia primero sólo concurrieron cinco á la escuela; pero estos cinco eran el grano de mostaza, del que en breve se levantó un gran árbol. En efecto, aún en la misma semana contaba la escuela 30 discípulos; y el 15 de Febrero tenia ya 115 niños, fuera de otros 48 que frecuentaban la escuela nocturna fundada por los misioneros para aquellos niños que por sus ocupaciones no podian venir á la diurna.

«Tal número, no esperado, por una parte conforta y consuela á los misioneros, y por otra les obliga á decidirse seriamente á ensanchar la casa escolar. Sin embargo, confian piadosamente en Dios, por cuyo amor han venido á estos infelices pueblos, y con cuyo auxilio, y con sólo el patrimonio seráfico, á saber la santa pobreza, han podido ya hacer cosas grandes. En dicha escuela, además de la doctrina cristiana, enseñan tambien la lengua turca, armenia, italiana, francesa, aritmética, geografía, historia sagrada y profana, comercio y retórica. Los maestros son dos religiosos y dos seglares. Despues comenzará tambien la escuela de niñas.

«Cuarenta y cinco cismáticos se han presentado ya á los misioneros, y les han rogado que los reciban en el gremio de la santa Madre Iglesia.»

Hu-pe septentrional (China).— El Ilmo. Ezequías Banci, vicario apostólico, escribe al P. María de Brest, procurador de las Misiones franciscanas de París:

«Con la ayuda de Dios he podido terminar la visita de mi vicariato, visita empezada dos años há, y que espero producirá con el tiempo abundantes frutos espirituales. Hubiera querido enviaros la relacion de ella, pero actualmente estoy abrumado por la inesperada desdicha que acaba de afligir á nuestra Mision tan contrariada.

«El 26 de Junio á las ocho de la noche un incendio, cuya causa es desconocida, se declaró primero en la botica de la Santa Infancia, junto á nuestra residencia de Kia-iuen-fu. El fuego se comunicó en breve á ésta, luego al seminario, y por último á las casas próximas. Muebles, provisiones para el año, ornamentos sagrados, bibliotecas, etc., todo quedó destruido, y lo poco que pudimos salvar se lo lleva-

ron los ladrones, lo que hace presumir que fueron estos los autores del siniestro.

«Sin embargo, nada se sabe de cierto acerca el particular; pero lo evidente es que nos encontramos sin albergue y desprovistos de todo lo indispensable. ¿Cómo remediar tan gravísimos males? No lo sé; mas no podemos quedar así. Misioneros, seminaristas y huérfanos de uno y otro sexo no pueden quedar sin techo, sin vestido y sin alimento.

«Mi vicariato desde su erección ha experimentado una continuada serie de infortunios. Muerte prematura de sus dos primeros superiores, emigración en masa de los cristianos, hambre espantosa, peste, ciclón, y hoy es el azote del fuego el que viene á visitarnos.

«Nuestras pérdidas se elevan á la cifra de 80,000 pesetas. En tan terrible trance experimento temores y angustias indecibles oyendo los gritos y sollozos de las pobres huérfanas, de mis seminaristas y de los discípulos de la escuela. Espero que los caritativos fieles de Europa acudirán en auxilio de estos infelices cristianos.»

Congo. — El P. Augouard, superior de la Mision de San Antonio, escribe desde esta estacion:

«He inaugurado recientemente mi nueva *catedral* (19 metros de largo por 6 de ancho). El interior del edificio fué blanqueado con cal hecha con conchas de ostras, y el grueso de la obra está compuesta de palmeras. Felizmente poseo el contenido de una rica caja que me habian regalado. Los ramilletes dorados, el espléndido adorno del altar, los ornamentos de tisú de oro, el alba, la campanilla, etc., hacian un efecto que llenaba de admiración á los negros, tanto paganos como cristianos, que acudieron en gran número. Estoy seguro que despertará la envidia del fetiquista.

«El rey Kukulú, tan furioso contra mí porque cierto día encontró indigno de su Majestad un presente que le hice, ha vuelto á mejores sentimientos; es muy asiduo en asistir á las lecciones del catecismo, y pide con instancia que se le bautice. Esta seria una verdadera conquista, pues es uno de esos viejos negreros á quienes es muy difícil sacar de las garras del demonio.

«Tiene todavía *algunos pequeños defectos*, pero hace todo lo que puede para corregirse de ellos. Recientemente vino á visitarme. Fué llevado en palanquin, pues la dignidad Real no le permite andar á pié, y le seguia numerosa escolta armada con fusiles; algunos de estos carecian, es cierto, de gatillo, pero siempre hacian número. Su Majestad, pues, llegó revestido con una túnica de comodoro inglés algo raida, cubierta la cabeza con un sombrero de gendarme, y llevando un sable suspendido al hombro. Advertí al momento que el rey habia bebido. Despues de los saludos de costumbre invito al monarca á entrar en mi cabaña y á tomar asiento. La silla mal equilibrada se vuelca, y Su Majestad besa el santo suelo mientras que el sable corre por un lado y el sombrero por otro. Al instante los príncipes ayudan á su soberano á levantarse, un oficial recoge el sable, otro le pone el sombrero, y un tercero le quita el polvo del vestido. Hice algunos reproches al monarca, quien me contestó que el gozo de verme le habia causado esa emocion. No dejé de dirigirle prudentes advertencias, y me prometió que no beberia más aguardiente. Hasta el presente ha cumplido su palabra.»

Colombia británica. — El P. Chirouze, oblató de María Inmaculada, escribe desde Nueva-Westminster:

«Os escribo á vuela pluma estas cortas líneas en la víspera de partir para un viaje de doscientas millas.

«En las costas del Pacífico viven en paz los Clayaminos, los Sheashelos y los Skovamishos. Estas tres tribus de indios han sido convocadas en un mismo lugar para celebrar la fiesta del Corpus, solemnidad que debia ser realizada este

año con la presencia del Ilmo. de Herbomez, nuestro vicario apostólico, y del Ilmo. Durieu, su coadjutor. Recibimos lo mejor posible á aquellos á quienes los indios se complacen en llamar los Jefes de la oración.

«Desde la mañana del sábado 10 de Junio, día fijado para la recepción de los ilustres visitantes, los indios dirigian sus miradas á lo lejos desde la bahía, deseosos de ver la embarcación episcopal. En los mástiles se izaron las banderas de los jefes, y compraron dos cañones á un buque de guerra para hacer las salvas.

«A las dos de la tarde se oye el grito de «¡Ya vienen!» Al momento se echa á vuelo la campana del pueblo y truecan los cañones. Los cristianos estaban conmovidos de júbilo. Mientras la embarcación adelanta majestuosamente entre las aguas tranquilas de la bahía, el pueblo se ordena en una sola hilera. En el momento del desembarco tres vivas formidables se escapan de todos los pechos; estréchanse las filas en forma de corona, y todos los neófitos caen de rodillas para recibir la bendición de los Obispos. Nuestro amadísimo Vicario apostólico, embargado de emoción, dirige á sus queridos hijos del bosque palabras de agradecimiento. Uno de los jefes se adelanta, y haciéndose intérprete de los sentimientos de todos, pronuncia en su idioma un discurso, que termina con la indispensable ceremonia de los apretones de manos. Cada uno vino por turno, hombres y mujeres, no exceptuando siquiera los niños de teta. Consagróse el resto del día á oír confesiones.

«El domingo, día de la festividad, cerca de doscientos neófitos se acercaron á la sagrada Mesa. ¡Con qué admirable piedad cumplian este sublime acto! Se hubiera creído asistir á una Comunión de los primitivos cristianos. Estos buenos indios rivalizan entre sí para hacer, segun su expresión, «gran Jefe» á Nuestro Señor en la Eucaristía. El poco dinero que ganan sirviendo á los blancos lo emplean en construir y adornar sus iglesias. Gracias á ellos poseemos todo lo necesario para la procesion del Corpus: incensarios, albas, ostensorios, palio, etc.

«Al caer de la tarde, cuando el calor decrece, se da la señal de la procesion. Todos se ponen en fila con el más perfecto orden. Cada tribu se adelanta cantando en su propia lengua. Los floristas y turiferarios, indios todos, hacen ante el santísimo Sacramento varias figuras, como se practica en ciertos países de Europa. La custodia, llevada por el P. Martinet, era acompañada por los señores Obispos, viniendo tras ellos todos los jefes de tribu: era un cortejo verdaderamente imponente. Dos cañonazos saludan al santísimo Sacramento. No hay el menor desorden en el desfile; todo se verifica con admirable recogimiento. Al llegar al altarcito de descanso levantado por los indios, cuyo principal adorno consiste en ramaje y flores, redoblan los cantos y bendiciones, como para solicitar de Nuestro Señor copiosas bendiciones. Un instante despues todas las frentes se inclinan, y el Salvador derrama sobre esta multitud las efusiones de su corazón. El regreso á la iglesia se efectúa con el mismo orden. Al terminar las funciones, los ilustres visitantes sobreabundaban de gozo, y bendecian á Dios por haber obrado tantas maravillas en medio de nuestros queridos neófitos.»

Canadá. — El Ilmo. Jamot fué instalado el 17 de Setiembre como primer obispo de la nueva Sede episcopal de Peterborough, estando presentes á la ceremonia los ilustrísimos arzobispo Lynch y obispos Cleary y O'Mahony.

— El Ilmo. Narciso Ceferino Lorrain, obispo de Cythere y vicario apostólico de Pontiac, fué consagrado el 24 de Setiembre en la iglesia de Nuestra Señora de Montreal, por el Ilmo. Fabre.

Desde las ocho de la mañana afluyó multitud de fieles á los pórticos de Nuestra Señora y contábanse más de 15,000

personas en el edificio, llenando el coro más de 300 sacerdotes, venidos de todos los puntos del Canadá.

El episcopado estaba representado por nueve miembros: el arzobispo de Quebec, Ilmo. Taschereau; y los ilustrísimos Fabre, obispo de Montreal; Langevin, de Rimuski; Racine, de Sherbrooke; Moreau, de San Jacinto; Racine, de Chicoutimi; Duhamel, de Ottawa; Wadham, de Ogdensburg, y Lafleche, de Tres-Rios.

Estados-Unidos. — El Ilmo. Janssens, obispo de los Natchez, escribe desde esta ciudad el 13 de Mayo de 1882:

«Volvemos de una Mision que ha durado un mes: los ocho últimos días fueron muy laboriosos. Las estaciones de los rios Jordan, de las Perlas y de los Lobos cubren un país vastísimo y forman una verdadera diócesis. Todo es un continuo bosque de pinos regado por los tres rios y cortado á trechos por gran número de barrancos. Es la antigua patria de los bravos Choctaws. Unos cincuenta indios cristianos es todo lo que resta de aquella valiente raza al Sud del Mississipi. En mi última visita fueron confirmados veinte y siete. Hace ya tres años que el jefe Machatta, octogenario, fué bautizado en su *wigwam*, formado de algunas ramas en el centro de un espeso bosque llamado *Devil's Swamp* (pantanos del diablo). El anciano jefe no conoce otras viviendas, pero sus hijos se han construido hermosas cabañas: el mayor, actual jefe, es excelente católico. El encuentro de estos indios, verdaderamente piadosos, francos y morales, nos da muchas esperanzas de feliz éxito respecto de los ochocientos que hay al Norte de la diócesis. En nuestro próximo viaje á Europa procuraremos buscar un sacerdote celoso que quiera consagrarse á tan buena obra, y podremos darle por servidor é intérprete á Juan Machatta, nieto del anciano jefe. Este joven indio es inteligente y piadosísimo: cada vez que encuentra al sacerdote pide aprender una nueva oracion. El misionero le dijo un día:

«—Juan, los indios matan á los sacerdotes.

«Cuatro, en efecto, acababan de ser inmolados por los Natchez y los Yazoos. Juan contestó con presteza:

«—Pero no son indios Choctaws.

«La estacion del rio Jordan, á donde fuimos en seguida, más que cualquiera otra merece atencion y asistencia. Los habitantes son allí numerosos, casi todos católicos y hablan el francés. Unos veinte años atrás, cuando no había un solo sacerdote en todo lo largo del golfo de Méjico, los buenos indios reunian sus niños en número de veinte ó treinta, y los conducian á Nueva-Orleans para hacerles bautizar: era un trayecto de cerca de 100 millas (1,600 kilómetros). La fe permanece viva entre ellos: sus numerosas y patriarcales familias prueban que no conocen los vicios desdichadamente harto comunes en América.

«El 9 de Mayo nos dirigimos á la bahía de San Luis para bendecir la iglesia de Nuestra Señora del Golfo. Una barca nos llevó á nuestro destino, y la travesía de 8 millas fué turbada por una terrible tempestad. Nos pusimos bajo el amparo de Dios y de la Virgen María, estrella del mar, y rezámos el Rosario para conjurar el peligro. El excelente párroco de la bahía se encontraba en la ribera con los niños de las escuelas y oraba por nosotros: por fin, tras vivas emociones desembarcámos felizmente. La bendicion de la iglesia tuvo lugar con toda la solemnidad posible, y el día siguiente se administró el sacramento de la Confirmacion á gran número de neófitos. Recomendamos todas estas Misiones á las oraciones de los asociados de la *Propagacion de la fe*.»



Los indios son los descendientes de los indígenas del Nuevo-Mundo. El nombre de algunas de sus tribus, los diferentes idiomas que hablan y ciertas costumbres conservadas entre ellos tienen asombrosas analogías con la lengua y la historia de los hebreos. Así ha podido suponerse con visos de probabilidad que sus antepasados fueron oriundos del Asia.

Los pueblos indios del Arizona pueden dividirse en dos grandes categorías: los indios *Mansos* ó pacíficos, y los indios *Broncos* ó salvajes.

Indios Mansos. — Entre estos unos son católicos, y otros nunca han conocido la verdadera fe, ó la han perdido á consecuencia del abandono en que se encuentran despues de la expulsion de sus sacerdotes por el Gobierno mejicano.

El Nuevo-Méjico cuenta considerable número de indios Mansos católicos; son muy raros entre nosotros, y encuéntranse algunos en la Isleta y en el Socorro. Sus costumbres son casi las mismas de los mejicanos de la frontera; como ellos cultivan la tierra, y han adoptado su manera de vivir, de vestir y de albergarse.

De sus antiguos usos sólo conservan una danza originalísima que acostumbran hacer en los dias de fiesta, y llamada en su lenguaje *malachines*. En otro tiempo esta danza no fué sólo una diversion profana, sino que además era una ceremonia religiosa que se cumplia en la iglesia; empero, desde que la antigua sencillez tiende á desaparecer, esta costumbre ha perdido su carácter primitivo, y los sacerdotes no la toleran ya en el lugar sagrado. Estos indios son generalmente buenos cristianos y muy adictos á los misioneros. Hablan igualmente el español y su lengua natural, á excepcion de algunos que han perdido su idioma á consecuencia de una fusion más completa con los mejicanos.

Los indios Mansos no católicos son numerosos en el Arizona. De ellos se cuentan muchas tribus, siendo las principales las de los Papagos, Pimas, Maricopas, Yumas y Chamaneros. Todos hace más ó menos tiempo que han abandonado la vida nómada y viven en paz con la poblacion civilizada. No les son desconocidos la industria, el comercio y la agricultura. Las mujeres fabrican vajilla de barro, que es de uso muy comun. Los hombres preparan las pieles de los animales que matan en la caza, y cultivan las tierras más fértiles y las más fáciles de trabajar.

El Gobierno de los Estados-Unidos no deja de alentarles: les da tierra, cuya propiedad les garantiza contra toda usurpacion, les exime de impuestos, y cada año les distribuye gratificaciones, que consisten en aperos de labranza, semillas, vestidos y otros objetos útiles. En interés de los mismos la ley les prohíbe bajo gravísimas penas el comercio de licores fuertes y aún impide que los comerciantes se los vendan fuera de los límites de su país.

Estos pueblos, una vez sometidos, se acomodan muy bien á la vida social; se ayudan mutuamente y es raro

(1) Los siguientes detalles referentes á las tribus indias son tomados de una noticia que publicó en 1875 el Rdo. Bourgard, misionero apostólico en el Arizona.

que contiendan entre sí. Si alguna vez empuñan el arco, sólo es para ir á la caza, ejercicio que les gusta mucho y que les proporciona parte de su alimento. Como los salvajes, tienen en grande estima su cabellera, pero les place ir vestidos y habitar bajo techado.

Los Papagos se distinguen de las otras tribus por una civilización algo más adelantada y por más sensible semejanza á los usos y costumbres de los blancos. Han renunciado á la larga cabellera adornada con botones de cobre, plumas de águila, uñas de macho de cabrio y otras baratijas de este género, que son para los indios un adorno casi indispensable. Cúbrese la cabeza como los mejicanos; lo que proviene de que en otro tiempo fueron católicos y los misioneros les hacían cortar los cabellos para distinguirlos de los que permanecían aún paganos. Su mismo nombre viene de esta costumbre establecida por el Cristianismo: *papago* significa *tundido*.

Todos los indios Mansos, aún los no católicos, son de carácter muy suave, y tienen frecuentes relaciones con los blancos.

Ahora va á verse á qué se reducen las creencias religiosas de los que no poseen la verdadera fe.

«Se nos ha asegurado, dice el Ilmo. Salpointe, que el indio espera la vuelta de Motezuma, y que, según él, este monarca vendrá en compañía del sol, que es su próximo pariente. Lo que hay de cierto es que muchas tribus próximas á las nuestras rinden culto al sol, el cual consiste en tener fuego encendido, durante el invierno, en una cueva muy profunda llamada estufa. El que ha de velar el fuego es designado por turno entre los nombres de la tribu y tiene que vivir en la estufa muchos meses. Este es el ejercicio de una función sagrada, durante la que le está prohibido todo comercio con los hombres. Habiendo pedido á un indio qué significaba esta práctica, nos contestó ingenuamente que estaba asombrado de semejante pregunta, porque es evidente «que si se abandonase al sol en la estación fría, «acabaría por perder su calor, cansarse y caer, lo que «causaría la pérdida del mundo; siendo preciso, de consiguiente, ayudarle por medio del calor del fuego.» Y añadió «que usaban de él en calidad de parientes, atendido que el sol es hijo de un indio y de una india, y «que por lo mismo son hermanos.»

«Quisimos aprovechar esta disposición á hablar, muy rara en los indios cuando se trata de sus costumbres, para preguntar algunos detalles respecto á ciertos bailes llamados «danzas de estufa,» y acerca otros usos idólatricos de que habíamos oído hablar. Todo lo que pudimos saber fué que tales costumbres no existían en la tribu á que pertenecía nuestro interlocutor.

«Es probable que todos han sido más ó menos idólatras, pero es de creer que la mayor parte de sus costumbres religiosas han caído en desuso desde que se les turbó en su libertad y que se han visto rodeados de pueblos civilizados. No obstante conservan muchas supersticiones. Hay en cada tribu un *saburín* ó adivino que pretende poder entrar en conversación con los animales y saber de ellos lo que ha de acontecer en el porvenir; así es que no dejan de consultarle cuando quieren emprender algo importante. Después del *saburín* viene el doctor, quien no es un sabio, pero que á falta de

ciencia tiene buenas piernas y pulmones. Canta como un desaforado y corre á grandes pasos al rededor de la morada del paciente á fin de extinguir el mal. Si lo consigue, no tiene más que soplarle, y el enfermo está curado. Desdichadamente el mal va siempre harto aprisa, no puede combatirlo y se sigue la muerte.»

En Yuma, ciudad compuesta de mejicanos y americanos, pero muy cerca de la tribu india que le da su nombre, he tenido ocasión de tratar con frecuencia á los indios y estudiar un poco sus costumbres. Venían á la ciudad á vender heno, comprar provisiones ó pasearse. Atraídos por la curiosidad se asomaban á las ventanas de la iglesia durante los Oficios, asistían á los enterramientos, y, grandes admiradores de mis ornamentos sacerdotales, me llamaban capitán. Esta sencillez me atraía algunas visitas. Veía entrar en mi casa tres ó cuatro de sus capitanes, no llevando más vestido que un paletó corto y un ceñidor. Se sentaban ó tendían sin cumplimientos en el suelo, fumando el cigarrillo, que se pasaban de uno á otro. Ciertos días la visita era larga, pero tenía un medio seguro de desembarazarme de ellos, dándoles una moneda pequeña, un poco de tabaco, y sobre todo un pantalón viejo si era en invierno.

Por desgracia los indios Mansos se corrompen fácilmente con el roce de los pueblos civilizados. A pesar de que la ley prohíbe entre ellos el comercio de licores alcohólicos, no deja de ejercerse el fraude en grande escala. Nada tan triste como el espectáculo de su embriaguez. Hasta las mujeres se dejan arrastrar al uso del pérfido licor, y bajo la acción hasta ahora allí desconocida del alcohol, se arrastran por las calles, se mesan los cabellos llorando, y llenan el aire con sus disputas. El indio, tan dulce cuando es sobrio, en la embriaguez es furioso y á veces feroz.

Además de las gratificaciones que concede á los indios, el Gobierno de los Estados-Unidos se ha comprometido á crearles escuelas; pero á consecuencia de las dificultades que surgieron al principio y de la lentitud de las Agencias americanas, aún se aguarda el entero cumplimiento de los tratados. Se han abierto poquísimas escuelas, y el mayor número están en el estado de proyecto. Por otra parte, el resultado de los primeros ensayos es muy inferior á lo que había derecho de esperar. Para una tarea tan ingrata y laboriosa son completamente impotentes el cebo de la ganancia y la filantropía; es preciso la abnegación que inspira la verdadera caridad y el espíritu de sacrificio. Únicamente la escuela de los indios Papagos, fundada por el Ilmo. Salpointe con autorización y asistencia del Gobierno americano, ha dado satisfactorios resultados. La razón de un estado de cosas tan lamentable es harto manifiesta para quien sabe que el espíritu de la política americana respecto á la raza indígena es pacificarla y civilizarla sin el concurso de la religión, y sobre todo de la religión católica. Si todo parece favorecer al indio, teorías humanitarias, distribución de socorros y repetidos testimonios de interés, el resultado invariablemente obtenido por do quiera con este principio ha sido exclusivamente puesto en vigor: es la desmoralización, el aniquilamiento de ese desventurado pueblo.

Añádase que, si entre los americanos de la prensa y de la administración hay hombres que buscan de buena

fe el bienestar material y moral del indio, el mayor número sólo ve en esto el medio de enriquecerse apropiándose los fondos á aquel objeto destinados. Por fin muchos de los que viven en medio de esos pueblos no tienen el menor escrúpulo en echar mano de toda suerte de medios á fin de apresurar la desaparición de una raza que incomoda á su codicia y á su sed de oro.

Hasta el presente la acción civilizadora del sacerdote católico no ha podido ejercerse sino en muy reducidos límites en el seno de esas tribus. Los obreros evangélicos han escaseado tanto como los recursos materiales; los funcionarios de las Agencias americanas no han cesado de suscitar embarazos, y además no era prudente dirigirse directamente á los indios y predicarles el Evangelio sin prepararles á él de antemano.

«Cierta día, dice el Ilmo. Salpointe, preguntámos al jefe de los Pimas si vería con gusto que nos estableciésemos en medio de los suyos para bautizarlos y convertirlos en cristianos.

«—No, contestó; esto no es bueno; si vinieseis con objeto de bautizarnos, te quitaríamos la vida.

«La respuesta era categóricamente formulada. No insistimos, sin embargo, presentando la cuestión bajo otro punto de vista.

«—Si estuviésemos entre vosotros instruiríamos á vuestros niños, lo que sería gran ventaja para vosotros, pues bien sabéis que en vuestros tratos quedais engañados con frecuencia por ignorar el precio de las cosas. Mas suponed que vuestros hijos fuesen instruidos; entonces pudieran ayudaros á sacar mejor partido de vuestros bienes, y seriais más ricos y podríais procuraros hermosos vestidos.

«El argumento fué poderoso. El jefe, después de conferenciar algún tiempo con cinco ó seis indios de su tribu, se volvió hácia nosotros, y nos dijo:

«—Si tú quieres instruir á los jóvenes, puedes venir cuando quieras; corre á mi cargo hacerte aceptar, y aún dejaré que bautices mis hijos.

«Así estamos persuadidos de que podría recogerse abundante cosecha entre las tribus pacíficas si no faltasen obreros evangélicos.»

Indios Broncos.—Los indios Broncos ó salvajes forman una sola tribu, la de los Apaches, que se extienden fuera del Arizona, en el Viejo y el Nuevo-Méjico y en el Estado de Tejas. Su número es im-



ARIZONA.—Mujer apache.

perfectamente conocido; cítase la cifra de 30,000, pero es quizá excesiva. De tiempo inmemorial han estado estos indios en lucha con los blancos: algunas veces han consentido en firmar tratados de paz; pero siempre ha sido para renovar las hostilidades al cabo de poco tiempo. El saqueo, el incendio y el asesinato han sido hasta ahora los rasgos principales de sus costumbres.

Los mejicanos tienen un odio profundo contra los Apaches. ¡Indio! es para ellos un insulto grosero; pero ¡Apache! es el más sangriento insulto que pueden proferir. Esta aversión se explica fácilmente cuando se recuerda las barbaridades de esta tribu sanguinaria. (Véase el grabado de la pág. 529, que representa el ataque é incendio de un convoy de carros por los Apaches en Mayo de 1869).

De algunos años acá los Apaches del Arizona han suspendido sus actos de bandolerismo. Se han firmado tratados de paz entre ellos y el Gobierno americano, quien les ha reunido en cinco ó seis grupos, acantonándolos en terrenos que les designó. Algunas Agencias están encargadas de distribuirles víveres y otras gratificaciones, mientras que 3,000 hombres de tropas regulares velan por el cumplimiento de los tratados, ora persiguiendo á los rebeldes, ora castigando á los delincuentes. Sistema detestable que reduce á los indios á la más completa ociosidad, los corrompe por el contacto con los blancos y les exaspera á causa de las vejaciones de que son objeto por parte de los empleados. Allí, como en todas partes, la extinción de la raza indígena es la

consecuencia de la política americana. El indio presiente esta catástrofe final, y su fisonomía adquiere una expresión habitual de tristeza. Esta misma perspectiva amargó los últimos momentos del P. de Smet, el apóstol de las Indias de América, y en el punto de entregar su hermosa alma á Dios deploraba con amargura la suerte que les esperaba á estos indios convertidos en hijos suyos.

A nosotros los misioneros este pensamiento nos contrista, mas no nos desalienta. Nuestro deber es defender la causa del oprimido y ayudarle á levantarse por el Cristianismo: con la gracia de Dios no faltaremos á él.



ARIZONA.—Cuna de un niño apache.



EL BUDISMO EN EL ARRAKAN

(BIRMANIA INGLESA),

POR EL RDO. P. BERENGIER, BENEDICTINO.

I.

La leyenda de Gaudama, el Buda del Arrakan.

DARÉCESE en muchos puntos esta leyenda á la de Chakya-Muni; pero se le encuentran todavía mayor número de semejanzas con la historia evangélica, lo que nos confirma en la persuasión de que los escritores birmanes tomaron de ella muchos detalles en los primeros siglos de nuestra era. El Buda, que no es un Dios, sino un sabio, según la significación propia de este nombre en el pali, la lengua primitiva de la India, representa, á decir verdad, el ideal de lo que todo hombre puede llegar á ser por el ejercicio de las más elevadas virtudes del paganismo. Ha habido ya, en Birmania por lo menos, veinte y cuatro Budas. El del cielo actual es llamado Gaudama, y sábase ya el nombre de su sucesor, que se llamará Matraya. En efecto, todo mortal puede aspirar á la dignidad de Buda haciendo todos sus esfuerzos para adquirir el Nirvanha ó el anonadamiento de sí mismo.

Véase ahora en la historia del último Buda del Arrakan los rasgos de semejanza con los Evangelistas, que son muy visibles y permiten sostener que han sido tomados de nuestros Libros santos. La misión de Buda es la de un salvador, según las tradiciones de aquel país. Su objeto es procurar la salvación de todos los hombres que observan los preceptos de su ley. Así el nacimiento del ilustre Gaudama fué de todo punto extraordinario. La princesa, su madre, se llamaba Maya como la de Chakya-Muni. Estaba sentada, dice la leyenda, en una gruta, y rodeada de pocos servidores. Gaudama, bajo la forma de un pequeño elefante blanco, rondaba al rededor de la gruta, y tras varias vueltas y revueltas entró en el seno de Maya. En el acto experimentóse gran conmoción en todo el universo, y numerosos prodigios revelaron á los hombres esta concepción maravillosa. Maya llevó á Gaudama en el seno durante diez meses. Al fin de este período llegó el momento del parto, y el cielo la favoreció con la emisión, á rápidos intervalos, de tibias aguas.

La princesa alumbró á Gaudama sin algun sufrimiento, y no un elefante (1), sino un hermoso niño. Lo mismo que su concepción, el nacimiento de Gaudama fué señalado con prodigios. Los árboles sagrados *Bodyor-Bodhi* (*figus religiosa*) bajo los que más tarde había de alcanzar Gaudama la alta dignidad de Buda, surgieron de la tierra en aquel instante. Fué confiado á su tía Gaudaméa, pues Maya, su madre, no sobrevivió largo tiempo á este parto extraordinario. Cinco días después de su nacimiento tuvo lugar la ceremonia del lavatorio de la cabeza y de la imposición del nombre del futuro Buda. Los adivinos, que echaron entonces su horóscopo, hicieron la declaración siguiente: «Si vive en el mundo, este niño divino será un poderoso legislador; mas si

abrazo la vida solitaria, el destino le reserva la cualidad de Buda.»

Casado á los diez y seis años con su prima, y declarado príncipe Real por la infusión del agua sagrada del Ganges sobre su cabeza, Gaudama se entregó durante doce años á todos los goces de la vida en una corte faustuosísima. Mas su corazón se hastió en breve de los placeres de este mundo, y tres apariciones sucesivas le demostraron la nada de las cosas terrestres. Cierta día que iba en un soberbio palanquin y rodeado de multitud de servidores, se le apareció un espíritu en forma de un anciano decrepito, con los ojos casi apagados, el rostro lleno de arrugas, y que se apoyaba penosamente en un palo, quien acercándosele exclamó: «Príncipe, tú serás un día como yo, pues todos estamos destinados á morir.» Otra vez el mismo espíritu se apareció á Gaudama bajo la apariencia de un hombre atacado de lepra y con aspecto horrible, y por último se le apareció tercera vez el espíritu bajo la forma de un cadáver en estado de putrefacción.

Estos siniestros avisos llenaron el alma del joven príncipe á la vez de temor por la vida futura y de hastío por los placeres de esta vida mortal, por lo que resolvió abandonar su palacio y abrazar la profesión de cenobita. Consternado el rey su padre al tener conocimiento de los designios del heredero de su trono, puso en obra cuanto estaba en su poder para impedir que los realizase. En esto el espíritu que se había aparecido tres veces á Gaudama le inspiró este pensamiento: La dicha no consiste en la posesión de los objetos exteriores, ni en el afecto de los parientes, ni en el consuelo de los amigos, ni en los placeres; sólo se la encuentra combatiendo las propias pasiones hasta su completa destrucción.

Así salió en seguida secretamente del palacio de su padre, corta con un golpe de espada su hermosa cabellera, y se retiró á la soledad. Contaba entonces treinta años. Vestido con el hábito de penitente, pasó cinco años lejos del mundo, estudiando la celestial doctrina bajo la dirección de dos eremitas bramas. No adoptó empero todas sus ideas, y se creó un nuevo camino en la ciencia, haciéndose el reformador del Bramismo. Tras cinco años de meditaciones solitarias, emprendió un riguroso ayuno antes de manifestarse al mundo, y lo llevó hasta el extremo de que apenas se permitía el uso de un grano de arroz ó de alegría cada veinte y cuatro horas (1), llegando hasta abstenerse de tan pobre pitanza, y á vivir, como vulgarmente se dice, del aire del cielo. Mas eso no podía durar mucho tiempo, y al cabo de una semana cayó desvanecido al suelo. El mismo espíritu que lo tomó bajo su custodia y á quien pudiera llamarse su genio bueno, acudió en su auxilio y le puso en pié soplando sobre su rostro.

Entonces llegó á su vez el tentador, el espíritu del mal, que pretendía quebrantar su resolución de llevar la vida perfecta de los solitarios. Cierta que Gaudama estaba embebido en profunda meditación acerca la nada de las cosas humanas, este mal espíritu hizo soplar un huracán tan violento que volcó las cumbres de los altos

(1) Siendo considerado el elefante como el más inteligente de todos los animales, las tradiciones del Arrakan dieron esta forma á Gaudama antes de su nacimiento, para significar que el espíritu de sabiduría se encarnó en el seno de Maya.

(1) Este acto de renuncia fué tan agradable á los grandes dioses, añade la leyenda, que desde entonces fué dispensado de tener que recurrir á los servicios de los barberos y peluqueros, pues sus cabellos y su barba no crecieron ya más en el resto de sus días.

montes del Arrakan, cuyos árboles seculares quedaron reducidos á polvo. Otro día hizo caer una lluvia tan espesa que abrió la tierra hasta el centro del globo. A esto sucedió luego una granizada acompañada de humo y fuego, y en seguida una lluvia de cuchillos, flechas y espadas, exhalando humo de azufre mezclado con rayos; y finalmente se produjo, siempre por influencia del mismo demonio, una horrible tempestad que levantó nubes de ceniza, de abrasada arena y lodo que oscurecían los aires. Gaudama, como el héroe de Horacio, cuyo corazón invencible estaba apretado con triple acero, soportó sin pestañear tan terribles pruebas y aún con alegría. Entonces fué cuando, tras una serie de meditaciones acerca los árboles sagrados llamados Bodhi, recibió el don de la ciencia perfecta y se convirtió en Buda.

Véase aquí que las reminiscencias de los relatos evangélicos ó simplemente cristianos ocupan considerable lugar en esta leyenda del Arrakan. Lo que sigue tiene un color más local.

El espíritu malo, viéndose vencido por Gaudama, resolvió someterle á una prueba más delicada, y no sabía cómo arreglarse hasta que sus tres hijas Tanha, Aratea y Raganho, viendo su tristeza y habiendo sabido la causa, le prometieron triunfar de la indiferencia del Real solitario. Se presentaron una tras otra á Gaudama.

—Queremos, le dijeron, aprender con un maestro tan perfecto los caminos de la celestial sabiduría, y al mismo tiempo subvenir piadosamente á todas sus necesidades.

Empero le costó poco al nuevo Buda comprender sus verdaderas intenciones, y las arrojó lejos de sí, teniendo que retirarse llenas de confusión las tres hijas del maligno espíritu.

Habiendo triunfado de todas estas tentaciones, Gaudama creyó, á la edad de treinta y cinco años cumplidos, que podía dar principio á predicar la nueva ley, cuyos preceptos había observado en sus largos años de soledad. Sus predicaciones fueron acompañadas de numerosos prodigios, pero la mayor parte son bastante ridículos y cuadran muy poco con las altas pretensiones morales de los budistas. Así, habiendo querido abandonarle uno de sus discípulos para volver al lado de su mujer, el nuevo legislador, dice la leyenda, le abrió los ojos y mostróle la esposa que tanto echaba á menos bajo la forma de una repulsiva mona, sentada en el tronco de un árbol, y con la cola, orejas y nariz cortadas. Compréndese que esta vista poco grata quitó para siempre al discípulo las ganas de volver al lado de su cara mitad, tan horriblemente mutilada. Quizá se hubiera mostrado menos delicado á conocer, como nuestros contemporáneos, las divertidas teorías del Dr. Darwin acerca los orígenes *monescos* de nuestra pobre humanidad.

El Buda del Arrakan había dado á los numerosos discípulos que acudían á sujetarse á su ley, el nombre de *Bichus*, lo que significa mendigos en la antigua lengua del país. Hizolo así para que nunca olvidasen que habían abrazado la pobreza voluntaria al convertirse en sectarios de su doctrina. Como Chakya-Muni, á quien se asemeja, enseñóles á no preocuparse nunca de las distinciones de castas, lo que fué causa de que le considerasen los bramas como hereje, pero también de que se

popularizase la nueva ley. Gaudama vivió bastante para ver su secta propagada en toda la India, la Birmania, la China, y el número de los que seguían la vida austera de reclusión se elevó á muchos miles aún antes de su muerte.

Este gran legislador, preciso es confesarlo, tuvo un fin muy poco edificante, fin que los bramas objetan constantemente á los budistas como una grave injuria. Murió de indigestión á la edad de ochenta años, lo que no puede negarse fué harta desventura para un recluso que se contentaba, en los tiempos de su primitivo fervor, con un grano de arroz ó de alegría cada veinte y cuatro horas. Véase el hecho en toda su crudeza, tal como lo refiere la leyenda del Arrakan. Siendo Gaudama octogenario, sentía disminuir por el peso de los años. Cierta día uno de sus discípulos le preparó la habitual comida con un poco más de cuidado que de costumbre; era una apetitosa tajada de tocino, rodeada de buena cantidad de arroz en estofado. No se dice si el discípulo dispuso este festín á petición del venerable Buda, ó si lo hizo espontáneamente por afecto á su maestro y á fin de reparar las agotadas fuerzas del santo varón; pero sea como fuere, tanto honró Gaudama el succulento plato, quizá porque le pareció que sería el último antes de su Nirseanah ó aniquilamiento completo, que al momento le sobrevinieron terribles cólicos con todas sus tristes consecuencias. Mas corramos un velo sobre este fin, excesivamente vulgar para un fundador de religión, y digamos que el pobre Gaudama, sintiendo que se acercaba su muerte, reunió á sus discípulos y dirigióles una exhortación.

—Hijos míos, les dijo, ha llegado el momento en que no gozaréis más de mi verdadera presencia; pero yo viviré constantemente en las leyes que os dejo. Huid de aquellos que quisieran sembrar en vuestro corazón falsas doctrinas, y sobre todo, no os olvideis de honrar mi memoria.

Dichas estas palabras, cuando salía el sol, el espíritu de Gaudama entró para siempre en el Nirvanah. Era en martes, en la primera mitad del siglo VI antes de la Era cristiana, esto es, el año 543 antes de Jesucristo. No obstante haremos observar con el P. Bonniot y el profesor de Harlez (1), que si Gaudama murió en aquella época, lo que no es imposible, el desarrollo de su leyenda data todo lo más de la Edad media, cuando se redactaron la mayor parte de los libros sagrados de la India.

II.

Culto tributado á Gaudama. — Algunos dogmas de los indígenas del Arrakan.

Los budistas, como hemos dicho, honran á Gaudama, no como á un ente divino, sino como al más sabio de los hombres. Saben que habiendo entrado en el Nirvanah y confundídose con el gran Todo, no puede verles, ni oírles, ni atender sus súplicas; en una palabra, que no se ocupa ya de ningún asunto, puesto que hasta ha perdido su personalidad. Así todo el culto tributado á este Buda puede resumirse en breves palabras: es ad-

(1) Véanse los artículos del sabio Jesuita en los *Annales de philosophie chrétienne* (Junio de 1881) y la *Bible dans l'Inde* del célebre profesor de Lovaina, con la refutación de Jacolliot.

mirado y ensalzado como el más ilustre de los sabios y el más benévolo de los hombres, y es asimismo objeto de cariñoso afecto á causa del bien que hizo á la humanidad. El pueblo, así de la India como de la Birmania y de la China, tributa grandes honores á sus estatuas y más insignificantes reliquias; pues como hombre avisado, Gaudama en el momento de morir recomendó á sus sectarios que las honrasen como á su propia persona. Este era un buen medio de perpetuar su memoria.

El Buda del Arrakan lo representan generalmente con las piernas cruzadas y en actitud de meditacion. Cuando está en pié le dan la apariencia de un anciano algo encorvado por los años. Hemos visto sus estatuas, que son á veces de dimensiones colosales, alcanzando hasta cuarenta y cuarenta y cinco piés de altura. Esta es la causa por que los grandes ídolos nunca son de piedra ó madera, excepto en los más ricos templos de la India. En el Arrakan los hacen de ladrillos, que luego cubren con una espesa capa de mortero. Entonces el artista da á su obra la forma definitiva y la dora por completo. Las estatuas de menor tamaño y las que se traen á la mano ó colgadas al cuello son casi siempre de piedra blanca, algo parecida al mármol y susceptible de recibir un brillante pulimento. La traen de Amerapoora, que en 1858 era aún capital de la Birmania (1), y que muestra á corta distancia de sus ruinas una colosal estatua de Gaudama toda de bronce, la única que existe en este país.

Los días de fiesta de este Buda están fijados en la nueva luna. Los objetos ofrecidos ante sus estatuas ó reliquias son en corto número y de notable sencillez. Consisten en flores formando graciosos ramilletes, en banderas ú oriflamas de tela de colores vivos, y á veces de papel recortado con dibujos variados y de buen gusto. Véanse allí también velitas de cera, lamparillas de tierra, y aún incienso y maderas olorosas que arden en grandes hornos colocados sobre pedestales de albañilería. Los adoradores de Gaudama cuando le dirigen sus homenajes se mantienen sentados sobre sus talones, con las manos juntas y elevadas respetuosamente hasta la frente. En los días consagrados al culto es por demás curioso ver la multitud de gente de toda edad, sexo y condicion dirigiéndose al templo ó á la pagoda más venerada

(1) En 1810 un incendio la redujo casi enteramente á cenizas, y en 1839 un terremoto completó su destruccion.

del lugar. Todos, hombres y mujeres, traen un cordon de granos rojos á manera de nuestros rosarios, en los que repiten sin cansarse la fórmula: *Aneitsa, Duba, anatta*. Estos son términos de la antigua lengua *pali* que expresan el valor efimero de todas las cosas sublunares.

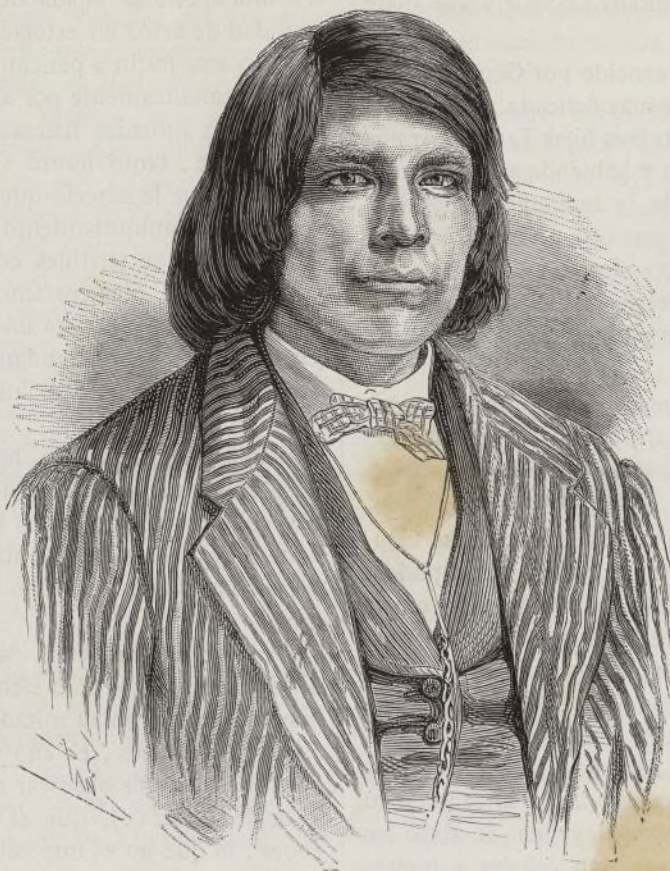
Las poblaciones del Arrakan no tienen el fanatismo de los indos de Benares y de Delhi: permiten que los extranjeros entren á su sabor en todos los santuarios áun los más sagrados, exigiendo solamente que se deje el calzado á la puerta.

Estos birmanes arrakanienses, sometidos á Inglaterra, tienen también una verdadera cuaresma que dura tres meses, desde la luna llena de Watso (Julio) hasta la de Thadin-Hiut (Octubre). En este tiempo sagrado los habitantes de los campos llegan de todas direcciones

para visitar las pagodas, en los días de luna llena, llevando como ofrendas flores, velas de cera, aceite, etc. Pasan la noche en los *bungalows* ó paradores públicos, pero separados los hombres de las mujeres. Durante este período casi todos los peregrinos hacen liberalidades á los talapuinos. Los hay, aunque pocos, que á la visita de los pagodas y á las abundantes limosnas añaden rigurosos ayunos. Entonces es también cuando se invita á los religiosos budistas, que gozan de gran renombre de santidad, á que prediquen la ley al pueblo. Sentados en un pequeño estrado, frente de la asamblea de los fieles, el talapuino tiene ante su rostro un ancho abanico de hojas de palmera á fin de preservarse del peligro de ver algún objeto hartamente seductor.

Refiere ciertos pasajes de la vida de Gaudama y enumera los cinco grandes preceptos: no matar, no robar, no cometer adulterio, no mentir y no embriagarse. Hace en seguida una breve glosa acerca estos principios elementales de toda vida civilizada; pero lo más curioso de todo es que pronuncia la homilía pagana en lengua *pali*, que no comprenden poco ni mucho la mayor parte de los oyentes, lo que no obsta para que los peregrinos queden de ella grandemente edificados.

Los arrakanienses, á más de su devoción al Buda nacional, tienen multitud de supersticiones que les son propias. Desde luego creen en los espíritus, que según ellos los hay de dos suertes: buenos y malos. Los primeros velan por los bosques, los campos, las ciudades y las aldeas; los segundos se mezclan en todos los actos



ARIZONA. — Luis Cul Azul, jefe de los Pimas. (Pág. 519).

de la vida de los humanos, pero siempre con el designio de hacer mal. Así los habitantes de la Birmania inglesa á unos y á otros ofrecen sacrificios, acompañados de no pocas ceremonias supersticiosas, á fin de hacérselos favorables ó escapar por lo menos á su malicia. Los monjes budistas comparten esta creencia, y no están menos persuadidos del poder de los buenos y malos espíritus, á quienes honran con un culto enteramente especial (1).

Respecto á la transmigración, dogma que los budistas han tomado de los bramans, admiten que, según sus méritos ó deméritos, renacerán en el cuerpo de un sabio, de un rey ó de un vil animal. Con frecuencia la metempsicosis es castigo directo del pecado cometido en la primera ó la segunda vida. Así el superior de un monasterio de religiosos budistas decia gravemente á sus subordinados para moverles á que desempeñasen bien sus funciones: «¿Veis esa escoba arrinconada en el extremo de la sala? Pues bien, Buda me ha manifestado que en otro tiempo fué un novicio negligente en barrer el monasterio (2).

Otro jefe de comunidad sostenia sin pestañear, que los pilares de la pagoda eran antiguos religiosos que no temieron escupir al suelo en aquel lugar sagrado. Estaban condenados á suportar sobre sus espaldas y cabeza el techo de aquel templo quizá durante muchos siglos. Los que comen alimentos prohibidos por los ritos sagrados son cambiados en gusanos; los ladrones de trigo en ratones; los de agua en somormujos; los de miel en avispones; los de leche en vacas, y estos no son por cierto los más infelices, á causa del general respeto que en el Arrakan como en la India se tiene á estos buenos tunantes; los ladrones de gallinas se convierten en perros; los de sal en grillos, etc.

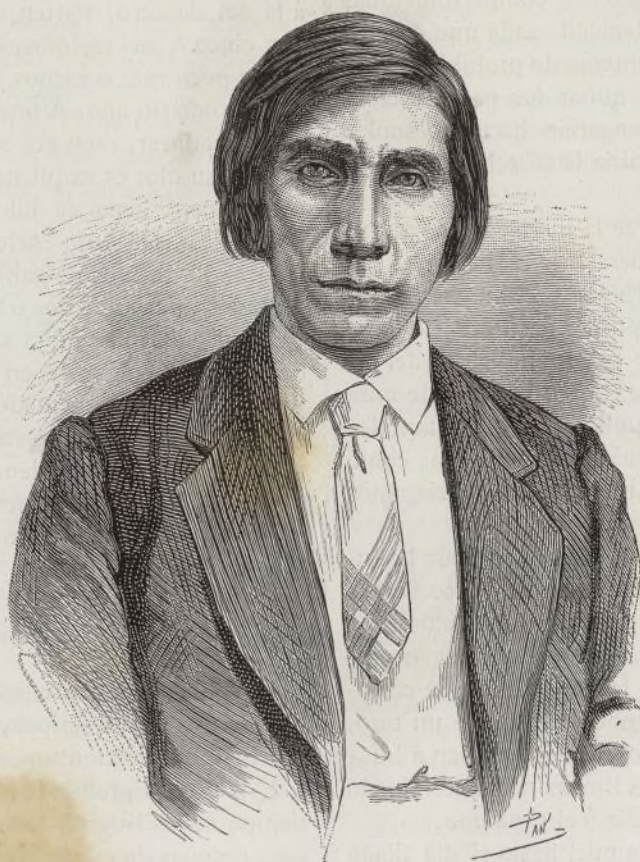
Empero una particularidad de la creencia de los arrakanienses en la metempsicosis es que el sér transformado nada transmite de su primera entidad á la que le sigue. Hay que convenir en que esto es un gran consuelo para el infeliz que por sus maldades ha merecido convertirse de rey ó talapuíno en mono ó cerdo. Si bajo

(1) El demonio se aprovecha de esta creencia para jugar toda especie de malas tretas á esos infelices arrakanienses, que son con frecuencia chasqueados por sus brujos y hechiceras.

(2) El mismo Gaudama habia pasado por los cuerpos de muchos animales, desde el palomo hasta el elefante, lo que supone muchos deméritos anteriores, y referia á sus discípulos sus 110 antiguas existencias... Como se ve, era un sabio lleno de experiencia.

la nueva forma de estos viles animales no se acuerda ya de su existencia anterior, el castigo no es grande que digamos, y no se alcanza cómo puede haber en esto una sanción de la ley moral y religiosa. Mas no hemos de detenernos en explicar las ridículas contradicciones de las religiones paganas. Sucede siempre, como dice el Salmista, que la iniquidad se miente á sí misma. Véase ahora como explican los indígenas del Arrakan este olvido que las almas transmigradas tienen de su primer estado. «Ved un árbol, dicen; ¿no es un hecho innegable que siempre produce sucesivamente frutos buenos y malos? Y sin embargo, aunque estos frutos procedan del mismo árbol, nada tienen de comun entre sí, ni son aquellos que han sido ya producidos ó que podrán serlo con el tiempo. Así, añaden, la influencia del mérito y del demérito produce sucesivamente seres enteramente distintos unos de otros.»

Los arrakanienses no creen en un Dios personal y vivo, sino en un poder soberano bastante parecido al destino de los griegos y de los romanos, ó al Sér supremo de Robespierre; lo que no obsta para que en momentos de peligro exclamen temblando: *Pbra haiba!* (¡Dios me asista!) En un trance angustioso la idea del Sér supremo brota súbitamente de su conciencia. Con todo, no puede decirse que esos birmanes ingleses sean ateos, puesto que no niegan á Dios; mas lo desconocen. Para explicar las desdichas y peripecias de la vida humana, dicen que todos los hombres están sometidos, desde la creación del mundo, á la doble influencia de sus méritos



ARIZONA.—Ascension, capitán de los Papagos. (Pág. 519).

y deméritos. Este principio es un absurdo evidente, pues nadie puede desconocer que desde el principio debió existir un Sér soberano que prescribiese el bien, condenase el mal, y dejase á sus criaturas racionales, con el conocimiento de estas leyes primordiales, el libre arbitrio de hacer el uno y de evitar el otro. Desdichadamente nuestros pobrecitos arrakanienses no se paran en semejantes filosofías, y sus sacerdotes ó religiosos budistas afirman con admirable aplomo que el bien ó el mal no reconocen otro origen que los méritos ó deméritos de cada uno en las existencias anteriores. Este nace en un palacio é hijo de rey, porque mil, dos mil años há, se portó bien en la tierra. Aquel, por el contrario, ha venido al mundo de padres esclavos y en una choza, á causa de sus crímenes anteriores. Ciertamente puede replicárseles: «Pero antes de todas estas existencias, ¿qué

habia en la tierra? ¿Quién hizo conocer el bien y el mal á los hombres? ¿Quién fué el primero que mereció y desmereció?» Todo esto son cuestiones insolubles para los indígenas del Arrakan.

COSTUMBRES DE LOS INDÍGENAS DEL DJEBEL-NUBA.

(AFRICA CENTRAL).

NOTAS COMUNICADAS POR LOS MISIONEROS DE VERONA.

Prácticas supersticiosas relativas á las cosechas.

I.—Existe en el Djebel-Nuba una especie de aves negras, parecidas á los mirlos por el tamaño y la forma, á las cuales la superstición popular atribuye un misterioso poder. Reunidos en varias parejas, estos volátiles componen con ramitas y espigas un nido grande, en su interior dividido en cuatro, cinco ó seis compartimientos, tapizados con paja fina, y conteniendo cada uno de diez á quince huevos. Está terminantemente prohibido tocar estos nidos, y mucho más el quitar los pequeñuelos, pues sus padres y madres se vengarían haciendo soplar un violento huracan que destruiría la cosecha y causaría el hambre.

II.—Otra ave, el tántalo, atrae la lluvia. Desde que se divisan en el horizonte las primeras nubes, llega este pájaro y se posa en uno de los árboles próximos á la morada del gran *cogiur*. La mujer principal de este jefe toma al momento un vaso de agua y lo derrama al pié del árbol, y luego dirigiéndose al ave, que naturalmente mira hácia abajo, le dice con voz suplicante: «¡Oh tántalo, quiera Dios darnos este año agua en abundancia, como nos lo anuncias con tu venida, á fin de que tengamos buena cosecha!»

III.—Al acercarse el tiempo de la siega, cuando la lluvia necesaria para terminar la madurez de los granos tarda una semana, el jefe empieza á gritar, y exhorta á las mujeres y á las jóvenes á que le imiten y hagan procesiones con objeto de obtener la lluvia. Si no se consigue ésta al cabo de tres días, inmola una vaca ó un toro, y distribuye la carne á todos los nubas que van á buscarla. Como la estación de las lluvias no ha terminado aún, comunmente llueve este día ó el siguiente.

IV.—No se puede recoger la miel hasta el día fijado por el jefe, so pena de perder toda la cosecha. Si alguien infringiese esta prohibición, las espigas se secarían, se ennegrecerían y se echaría á perder todo el grano del país. La víspera del día fijado, los esclavos del jefe le llevan miel, y la prueba: los ancianos extienden sus manos sobre el banco, llamado de Laro, y avisan al pueblo que puede ya tomar la miel sin temor alguno.

V.—Cuando el grano no ha adquirido todavía su perfecta madurez, está prohibido comerlo cocido. Así que es enteramente maduro un anciano bate el tambor, el jefe monta á caballo, y todos los hombres y todas las mujeres de edad le acompañan á sus campos; los otros nubas se dirigen á sus propias tierras. Los indígenas que han tenido un varón por primogénito arrancan cinco espigas, y cuatro los que han tenido una hembra. Los jóvenes solteros cogen cinco ó cuatro espigas, según que desean á su tiempo tener por primogénito un niño ó niña. Todos vuelven en seguida al pueblo y depositan las espigas en el cercado. El redoble del tambor y mil gri-

tos de júbilo saludan el regreso del jefe; los negros vuelven á tomar las espigas y se adelantan á su encuentro. Pero antes de entrar en su casa, da una carrera acompañado de todos los nubas que poseen caballos. Los ancianos le siguen en seguida á su casa, mientras que los demás llevan sus espigas á la gruta de Laro, el inspirador invisible del jefe. Se trae un vaso de *merisa*, y los jefes lo tocan, gritando: «¡Muchachos, que Dios multiplique vuestro grano!» Todos se retiran entonces, y van á sus casas á beber agua. En seguida celebran la fiesta, y beben á su vez el *merisa*. Hay carreras de caballos, y los jóvenes se divierten echándoles troncos de *dura* á fin de desviarles del camino, obligarles á saltar zarzales y hacer caer á los ginetes.

VI.—El *deleb* es un árbol de unos diez metros de alto y de cuarenta á cincuenta centímetros de diámetro, con mayor grueso á la mitad de su altura. Su cima se parece á la del datilero. Parten del tronco diez ó doce ramas con cinco ó seis racimos, cargados cada uno con treinta frutos poco más ó menos, y grandes como la cabeza de un niño de un año. A fines de Abril estos frutos empiezan á madurar, caen por sí mismos y los nubas los recogen: su olor es exquisito, la pulpa muy buena para comer, pero llena de hilos que es preciso extraer con paciencia. Cada fruto encierra tres cuescos del volumen de grandes huevos de gallina: metidos en la tierra, y retirados al cabo de dos ó tres meses, se les abre y dan una especie de almendra sabrosa como la castaña. Los desechos del cuesco deben ser cuidadosamente reunidos, puestos á parte ó quemados, pues el esparcirlos provocaría huracanes que devastarían los campos de *dura*. Los niños de la Mision, habiendo cierto día profanado de esta suerte, sin ninguna intención, los cuescos de *deleb*, excitaron entre el pueblo grande descontento, que nos costó mucho trabajo apaciguar.

Otras supersticiones.

Los nubas observan escrupulosamente gran número de minuciosas prescripciones que, según ellos, tienen por infalible sanción una muerte prematura.

I.—Así está prohibido comer hierba alguna durante el tiempo de las lluvias. Sólo hácia el fin de la estación el jefe, después de examinar la hoja de las habichuelas, levanta la prohibición: entonces todos los nubas van á su campo á coger hojas, que comen sin temor, sazonadas ó acomodadas con carne.

II.—Cuando el gran jefe ha consagrado una piedra, previene á su pueblo que nadie más que él tiene el derecho de sentarse en ella: cualquier nuba que se atreviese á hacerlo moriría dentro del año.

III.—Al entrar un indígena en una casa donde se encuentra su jefe, para conjurar el peligro de muerte que le amenaza tiene que descubrirse el hombro derecho é inclinarse, á fin de que el *cogiur* le aplique la mano. A menos de invitación expresa de su parte, nadie puede comer en la misma cabaña, en la misma mesa y en el mismo plato que él. Excusado es advertir que respecto á nosotros la transgresión de tales observancias no atrae terribles efectos.

IV.—Durante las lluvias nadie puede cortar los renuevos del *nabac* (árbol espinoso). Tres días antes del *sibex* del nuevo grano, los nubas solteros, pero en edad

de tomar estado, van muy de mañana á cortar los gruesos retoños, quitan la corteza, y los llevan al grande cercado que rodea las poblaciones. El día siguiente se unen con los hombres casados, y todos, llevando una de esas varas al hombro, se dirigen á casa del supremo jefe para ofrecérselas. Este les da las gracias, y despues de depositar las ofrendas en el sitio designado, cada uno se retira á su casa. El nuba que se negase á seguir esta tradicional costumbre moriría dentro del año.

V. — Todo nuba que va á El-Obeid por vez primera tiene buen cuidado de recomendar á su mujer que no se lave, ni se unte con aceite, ni lleve perlas al cuello durante su ausencia, pues atraería sobre él las más funestas desventuras. Cuando llega á la capital del Kordofan hace sus compras, las mete en un saco de cuero, y despues de atarlo, añaden cerca de la abertura algunos dátiles y perlas blancas. De regreso á su casa, el viajero apoya el pié en el orificio del saco; un tío de su mujer derrama sobre él un poco de *merisa*, le hace beber un sorbo, lo mismo que á la esposa, y entonces puede ésta lavarse y componerse con toda seguridad.

VI. — Despues de trillar la miés viene la fiesta de las gallinas. Se las caza durante tres días, y todos los volátiles muertos los llevan al jefe, quien los come ó da á quien le place.

En tales días el jefe está más que nunca inspirado por Laro; grita, gesticula, aulla, se agita y retuerce hasta que echa espuma por la boca. Todo el país está de jolgorio; en todas las casas hay *merisa*; suenan los pífanos, los cuernos y los tambores, y los jóvenes forman procesiones, se dedican al baile y visitan á los jefes vecinos.

VII. — Está absolutamente prohibido á las mujeres comer carne de gallina, exclusivamente reservada á los hombres. Una negra á quien se sorprenda comiéndola pierde toda consideración; su marido no tiene ya confianza en ella, y sólo es merecedora de injuria y menosprecio.

VIII. — Si muere el primogénito de un matrimonio nuba los dos esposos deben abstenerse de abluciones y de unciones con aceite, y acostarse en el suelo desnudo durante dos meses si la criatura era hembra, y tres si era varón.

IX. — La primera girafa muerta por un joven nuba, novicio en el arte de la caza, pertenece á los vecinos del pueblo, que se regala con su carne, sin que el cazador pueda tener su parte; la piel del cuello corresponde de derecho al jefe; sólo el resto de los despojos quedan de propiedad del cazador. Despues de esta primera hazaña debe llevar calzado de *raf*, sentarse y dormir sobre los despojos de la bestia, y abstenerse de lavarse durante ocho semanas si la girafa derribada es hembra, y diez semanas si es macho. Hace preparar *merisa* con los granos que todos sus compatriotas le llevan en esta circunstancia. Al terminar las semanas de prueba, recibe del nuba que mató antes que él la primera girafa, una tajada de carne con una salsa especial, la prueba, y da al nuba su calzado y la piel del animal. El maleficio queda roto, y el primero puede desde entonces lavarse impunemente, y el segundo entregarse á los placeres de la caza.

Por el gato tigre, el leopardo y la pantera se hace lo

mismo que por la girafa; sólo que se destina la piel entera al jefe, á causa de su gran poder sobre estas fieras.

Si un cazador hiere á un antílope de un tiro de fusil, debe ser muerto á tiros y no con lanza: los ginetes pueden perseguirle y conducirlo al alcance de los tiradores, pero nó darle el golpe de gracia. Solamente la girafa y el elefante se cazan á caballo.

NECROLOGÍA.



Alto-Zambese. — El 21 de Marzo murió víctima de una desgracia el P. de Witt, de la Compañía de Jesús. Hé aquí en qué tristes circunstancias la Mision del Zambese ha perdido á este excelente misionero.

Seis blancos, que explotaban una mina de oro situada á una legua de Tati, recibieron del P. de Witt grandes servicios durante una epidemia de tifus en Febrero y Marzo. Dos de ellos habian muerto, y los otros cuatro habian estado enfermos. Nuestro misionero les habia prodigado los más solícitos cuidados, y los colonos estaban grandemente agradecidos. Apenas restablecido, uno de ellos se dirigió á la residencia de Tati para dar las gracias al P. de Witt, quien no quiso regresase á pié á la mina; fué á pedir el caballo de un cazador; hizo ensillar el suyo, y acompañó al convaleciente á su domicilio. Volvió en seguida á Tati, y á pocos metros de la residencia, el caballo del cazador rehusa seguir; el Padre le estimula; su propio caballo se asusta, y volviendo grupas arroja al jinete á larga distancia. Acude inmediatamente el H. Proest, y no encuentra sino un cuerpo inanimado. El buen misionero, víctima de su caridad, habia muerto á la violencia del golpe.

Grande fué la aflicción de los cazadores y misioneros de Tati por la pérdida de aquel á quien amaban, más que como á un amigo, como á un padre. Le honraron con solemnes funerales, y le dieron sepultura al lado del P. Fuchs.

El P. Antonio de Witt nació en 1823 en el Brabant septentrional, y en 1843 entró en la Compañía de Jesús. Habiendo solicitado las Misiones de Africa, fué enviado en 1877 á Graaf-Reinet, cerca de Grahamstown, en donde permaneció tres años, siendo nombrado luego superior de la segunda caravana de misioneros que partió de Kimberley el 19 de Marzo de 1880.

Estados-Unidos. — Uno de los más sabios prelados de los Estados-Unidos, el piadoso y venerable Obispo de Charleston, murió el 26 de Febrero de 1882, en su Sede episcopal, á los sesenta y cinco años de edad.

Nacido el 10 de Marzo de 1817, de padres irlandeses, el Ilmo. Patricio Niesen Lynch fué enviado, á la edad de diez y seis años, al colegio de la Propaganda por el Ilmo. England. Cursó los estudios con brillantez en Roma, recibió el presbiterado en 1840, y ganóse el grado de doctor en teología. De regreso á su diócesis, le nombraron para un curato y luego para la dirección del *Collegiate Institute* de Charleston, y por último vicario general. A la muerte del Ilmo. Reynolds, segundo obispo (1844-1855), fué elegido para administrador de la diócesis, y dos años más tarde llamado á reemplazar al Prelado difunto. Preconizado el 11 de Diciembre de 1857, recibió la consagración el 11 de Marzo siguiente.

En la época en que fué nombrado su primer pastor, la diócesis de Charleston era rica y próspera, mas la guerra separatista que estalló poco despues la cubrió de ruinas. Durante esa desgraciada época el corazón paternal del Obispo sufrió cruelmente por los males de toda suerte que

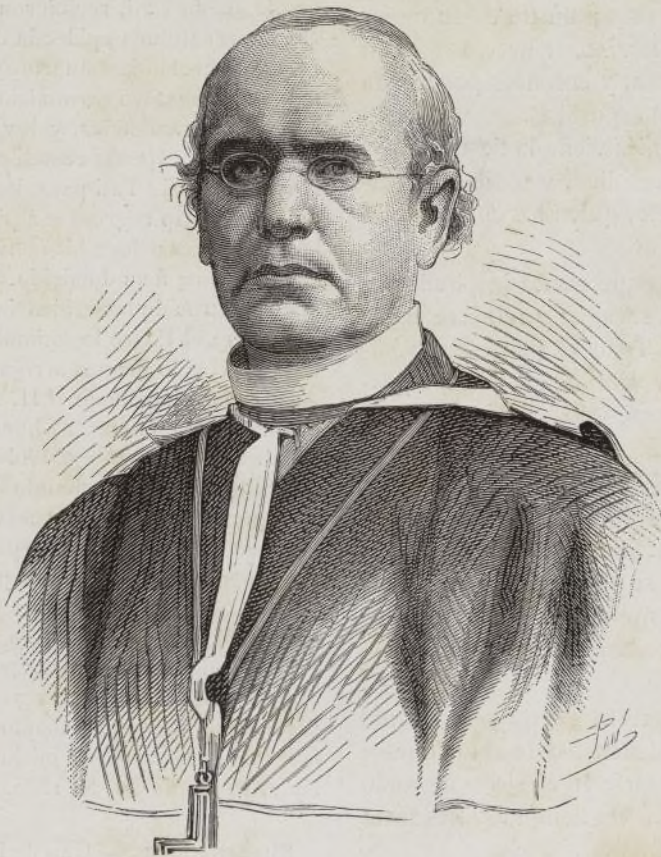
aflijían á su grey. Hasta su muerte trabajó sin descanso para reparar tantas ruinas y desastres. Los postreros años del Ilmo. Lynch fueron probados por una larga y dolorosa enfermedad.

Los funerales del llorado Obispo se celebraron el 1.º de Marzo, y ocho Prelados realzaron con su presencia la ceremonia fúnebre. El arzobispo de Baltimore, Ilmo. Gibbons, ofició en la misa de *Requiem*, y el Obispo de San Agustín leyó un pasaje del testamento por el cual el venerable difunto prohibía que se pronunciase ningun elogio en sus honras.

El obispo Lynch, según el *Charleston-News*, periódico protestante, era uno de los hombres más notables de nuestro tiempo. Pocas personas unen, á tanta variedad de conocimientos, un talento tan claro. Sabia ilustrar las cuestiones más difíciles y complejas, y estaba familiarizado con todas las ramas de las ciencias humanas: astronomía, geografía, medicina, derecho, todo lo estudió y lo había profundizado: apasionado por el estudio y dotado de facilidad extraordinaria, aprendió en Roma el sanscrito, además del latín y el griego: hablaba elegantemente el francés, el español, el italiano y el alemán: su conocimiento del hebreo hizo que un año le eligieran para pronunciar en la Propaganda un mensaje en este idioma en presencia de Gregorio XVI.

El periódico americano termina así su artículo:

«Otros levantarán el peso que ha caído de los hombros del Prelado, y continuarán su tarea en donde él la dejó; pero ninguno será más adicto á su Iglesia, más amado de los hombres de todas condiciones, más activo y consagrado á su pueblo, más sincero que el buen Obispo que acaba de bajar al sepulcro. Para él no había ninguno de los recreos de este mundo: la tregua de Dios ha puesto fin á su laboriosa carrera: ha entrado en el domingo eterno, en ese día de reposo que no tendrá fin.»



Ilmo. PATRICIO NIESEN LYNCH, obispo de Charleston, muerto en 26 de Febrero de 1882.

EFEMERIDES.

6 DICIEMBRE 1492. — Descubrimiento de la isla de Haití por Cristóbal Colón.

El 5 de Diciembre de 1492 el almirante salió de la punta oriental de la isla de Cuba. El día siguiente «entró, dice Roselly de Lorgues, en una ensenada que puso bajo la invocación de la Virgen. Al Sudoeste de dicha ensenada avanzaba un hermosísimo cabo, y en homenaje á María, la amable Estrella del mar, le llamó el cabo de la Estrella. Viéronse también varios promontorios y ensenadas á los cuales puso también sus nombres. Siguió navegando en

vista de la costa, y en la hora después de Vísperas (1),» echó el ancla en un puerto admirable por la seguridad y la belleza del sitio, que llamó San Nicolás, en honor del Santo, cuya fiesta era aquel día. Colón declaró que después de cuanto había dicho de los puertos de Cuba, este podía ser ensalzado justamente; «mil carracas podrían dar una abor-dada cómodamente (2).»

1616. — Martirio, en Candy (Ceylan), de dos misioneros de la Compañía de Jesús, los Padres Juan Metella, portugués, y Luis Pelingotti, italiano.

Juan Metella nació en 1584. Ingresó en la Compañía de Jesús á la edad de catorce años. En 1602, el Hermano Andrés, de la Orden de San Francisco, obispo de Cochín, habiendo ido á visitar á Ceylan, que dependía de su Silla, vió que los franciscanos no bastaban para el trabajo de aquella importante Mision, creyéndose obligado en conciencia á darles jesuitas por cooperadores. Al efecto se entendió con el virrey y el Arzobispo de Goa. El visitador y el provincial de la India enviaron entonces á Ceylan, á los Padres Alejandro Hunner, Jaime de Guzmán, Antonio de Mendoza y Pedro Euticis, que el gobernador, Jerónimo Azevedo, hermano del glorioso mártir de este nombre, recibió con alegría. Construyoles á sus expensas una casa en Colombo, les dispuso un colegio, y los misioneros, aplicándose al estudio de la lengua cingalesa, pronto se hallaron en estado de evangelizar á los indígenas. El joven Metella logró, á fuerza de instancias, que se le enviara á la nueva Mision. Llegó á ella en 1603, y luego de terminados sus estudios teológicos, se entregó con ardor á los trabajos del apostolado.

Tenia por compañero al P. Luis Pelingotti. Dicho religioso, nacido en 1578 é ingresado en la Compañía

á la edad de veinte y cinco años, llegó á Ceylan en 1605.

Candy tenía á la sazón por rey á un enemigo acérrimo de los portugueses y los cristianos. El pueblo, excitado por dicho príncipe, arrestó á los dos misioneros, les arrastró delante de una cruz y les mató á lanzadas. Los cuerpos de los mártires fueron arrojados al pie de la cruz, y sus cabezas, colocadas en la punta de dos lanzas, expuestas en la plaza pública.

Dicho martirio tuvo lugar el 6 de Diciembre de 1616. El P. Metella tenía treinta y dos años de edad, y el P. Pelingotti, treinta y ocho.

(1) La piedad de Colón, su costumbre de rezar regularmente el Oficio en las horas fijadas por la Regla de los Franciscanos, le hace involuntariamente designar en su diario de á bordo *la hora de Vísperas*, para indicar el momento de la tarde que destinaba á ese religioso deber. Esta expresión se le escapó muchas veces sin que él mismo lo advirtiera.

(2) *Cristóbal Colón*, por Roselly de Lorgues; tom. I, pág. 320. — París, Didier, 1856.